

LOS MISIONEROS DEL META

Si la lectora conoce la laguna de Fúquene, restos, según dicen los geólogos, del grande y antiguo lago andino que cubría estas mesetas, y cuyas aguas se abrieron paso por diferentes puntos, si la ha visto desde lo alto de *El Volador* del mismo nombre, yendo o viniendo de Chiquinquirá, nada le diré de ella. Si no la conoce, le aconsejo que, aunque sea con el objeto de comprar boliches, molinillos y otras baratijas de las que se fabrican en aquella ciudad, emprenda esta deliciosa romería. Deténgase en la mitad del repecho, donde aparece por primera vez el azulado lago, compre *mojicones* de los que encontrará en una venta que por allí cerca está, los que, con acompañamiento del queso de estera y bocadillos de guayaba, remanentes de lo que comió a orillas de la fuente de Torca, le harán más agradable aquella perspectiva, que no se hallará más bella en la Suiza.

Pero sea que la lectora conozca este interesante lago, llamado antiguamente laguna de Tinjacá, sea que no lo haya visto jamás, ya ella sabrá mejor que yo, que, hace cien años, no formaba más que uno solo con los otros que se hallan inmediatos a él, y que sus aguas han bajado paulatinamente, a causa sin duda de los grandes desmontes hechos en las inmediaciones: en términos que, casi a la vista de la generación presente, se han formado nuevas playas, y que hay en el día tierras de pan llevar, sumamente feraces, en terrenos completamente inundados treinta años há. Cito en mi apoyo, no sólo a los habitantes antiguos, por no decir viejos, de Ubaté, sino también al ilustre sabio Boussingault, que anduvo por allí, y que, como amigo de averiguar vidas ajenas, estaba muy impuesto en todo. Este señor, refiriéndose al dicho de los cazadores experimentados del país, asegura que las aguas bajan cada día, gracias a la gracia en que dieron los explotadores de las salinas de Nemocón y Tausa, de destruir

rápídamente aquellos bosques, en su mayor parte formados de encinas y de árboles de laurel, de los que los indígenas sacaban gran cantidad de cera (1).

Toda esta relación semicientífica la hemos hecho sentados con la lectora sobre una roca que está a la vera del camino, o sea *El Volador*, comiendo lo que ya dijimos, mientras las caballerías reposan a la sombra bajo el alar de la venta.

Pero, si en vez de tomar la altura, mi amable compañera sigue a la derecha para entrar en las pintorescas haciendas que demoran en las orillas de la laguna, y llegando a ésta quiere o puede embarcarse en una balsa de las que fabrican los indios de aquellos alrededores, hágalo, que no le pesará; y cante, como lo hacía yo, para estimular a mi conductor, la letra de aquel coro de la *Extranjera* de Bellini:

Voga, voga, il vento tace,
Sol con placido susurro....

que mal traducida al castellano, dice:

Boga, boga, el viento calla:
Sólo un plácido murmullo
Da a las ondas suave arrullo
Y las hace dormir.

Déjese deslizar suavemente por sobre las pequeñas olas, como una golondrina que arrastra el pecho por el suelo, hasta llegar a los encantados islotes que sacan la cabeza fuera de las ondas, y en cuyas rocas, habitadas por las nutrias, se estrellan las espumas con melancólico y acompasado són.

Y ya que viene conmigo por estas risueñas aunque solitarias riberas, la invitaré a que, apartándonos de

(1) Con este motivo dice nuestro ilustre compatriota Acosta lo siguiente: «Antes de la conquista los indígenas se alumbraban con cera de laurel, y, más cautos y prudentes que los actuales habitantes, no permitían indistintamente la destrucción de los árboles en el declive de las montañas, porque sabían por experiencia que, una vez cortados, arrastrada por las lluvias la tierra, desaparece la vegetación, y quedan inútiles vastas porciones de terrenos que antes producían maderas, resinas y humedad para fertilizar los campos inferior»

ellas, sigamos al oriente y subamos la suave cuesta de aquella cordillera, nos internemos en los inmensos oqueadales que la coronan, que si no son un segundo tomo del famoso Líbano, a lo menos darán una idea de él; y por último, que descendamos al lado opuesto para llegar a uno de los sitios más románticos y tristemente bellos que pueden imaginarse.

Pero antes de llegar miremos de frente al valle a donde nos dirigimos.... allí se descubren algunas humildes casas, a la orilla de un bullicioso río, y en medio de ellas descuellan un edificio más grande y regular, y una iglesia de modesto aspecto. Es el convento de La Candelaria o de agustinos descalzos, llamado con mucha propiedad *El Desierto*.

Esta sería la ocasión oportuna de decir mil cosas a cual más bellas sobre las iglesias campestres, y derretirse en apacibles frases, inspiradas por el doble sentimiento religioso y romántico. Pero hablando seriamente, el viajero que quiera abandonarse a todo lo que pueda impresionarlo, a todo lo que pueda despertar en él un pensamiento, un recuerdo, no hallará nada que le produzca tan apacible sensación como el aspecto de una iglesia de aldea a la hora en que el sol se oculta.

No sé si fui yo, o si fue algún otro quien dijo en cierta ocasión: una columna triunfal admira, porque recuerda un hecho glorioso, una hermosa página en la historia, y si el que la mira es artista, su imaginación se exalta: es un monumento que sorprende, pero al contemplarlo, el alma permanece muda y no toma parte en estas sensaciones. Al contrario, recuérdese lo que suce-

res. Hoy las rocas desnudas protestan contra el descuido e ignorancia de los primeros colonos y de sus sucesores, y demandan a la legislación que proteja los escasos bosques que aún quedan, contra las depredaciones de los rozadores». Traslado a los especuladores en quinas y a otros muchos que en nuestro país han jurado guerra implacable a los bosques, y para quienes un árbol centenario no vale nada, ni como objeto de utilidad, ni como objeto de recreo, sino como un trozo de madera que puede valer un par de pesos. ¡Volvamos la vista a las antiguas alamedas y otros paseos de Bogotá! Cuando no hay quien se oponga a tal rapacidad y codicia, ¿podremos decir que vivimos en un país civilizado?

de a la vista de una pobre iglesia o de una humilde capilla aislada en medio de los campos, al declinar el sol en una hermosa tarde. Todo es silencio alrededor del viajero que busca con ojos ansiosos algún objeto animado; los labradores se retiran a sus chozas, y apenas se percibe a lo lejos el sordo bramar de las vacas que se separan ya de sus hijuelos, cuando de repente, en medio de la soledad y del silencio se oye el tañido claro y penetrante de una campana, que, lanzado de lo más alto del modesto campanario, recorre la comarca en vibraciones lentas e isócronas para avisar a sus habitantes que es tiempo de la oración. Después del canto del pastor en la colina, y del canto de la alondra en la maleza, viene el canto del bronce, la voz de la iglesia que llama a todos los corazones para que al despedirse del día se eleven a Dios.

Estas sensaciones indefinibles son las que se experimentan al descubrir por primera vez la deliciosa vega por donde corre el río de Ráquira, nombre de ese pueblecillo pintoresco, separado del *Desierto* por unas pocas colinas. Aquel grupo de casas que forman como el cortejo o comitiva del convento, no son un pueblo: son más bien un aduar; los que han visitado el Sube, o las aguas minerales de Quetame, pueden tener una idea del *Desierto*, en cuanto al aspecto de aquel grupo de casas habitadas y abandonadas alternativamente por diferentes personas que permanecen allí sólo algunos días, y a su alrededor árboles frondosos, que mecidos por el viento, mezclan el susurro de sus hojas con el de las ondas del río que por allí cerca corre.

Ya supondrá la discreta lectora que el que esto escribe no habla de oídas, sino que ha visitado personalmente ese bello *Desierto*. También comprenderá fácilmente que para el mayor número de los que por aquellas vegas andan en busca de una temperatura de 16° a lo más, de un baño delicioso, o de un sombrío apacible donde tenderse a la bartola con un buen libro en la mano derecha y un buen cigarro en la izquierda, este convento de La Candelaria, recoleta del de agustinos de Bogotá, es un objeto secundario, y muchos ni aun se dignarán entrar en él. En cuanto a mí, confieso sin rubor que era lo que más llamaba allí mi atención, no por su arquitectura, ni por su lujo, sino, al contrario, por aquella elegante sencillez, por aquel aspecto de envidiable tranquilidad que

ofrecen sus claustros y jardines, por aquella unción santa y desconocido perfume que se respira en su iglesia, por ese exquisito y extremado aseo que reina en todo el edificio y sus dependencias, y últimamente, para no repetir lo que ya en tan poético lenguaje y elegante estilo dijo sobre este mismo asunto nuestro joven compatriota el señor J. Borda, que, como poeta, supo apreciar todas aquellas bellezas, no era lo que menos excitaba mi curiosidad las obras artísticas, y especialmente las buenas pinturas que allí vi, y que califico de tales según mi leal saber y entender, y la opinión de personas inteligentes.

Ya que hemos llegado a las pinturas, quiero referir uno de los episodios más interesantes de una excursión que hice allí en años pasados.

Antes de emprenderla, tuve cuidado de informarme con los reverendos padres del convento de La Candelaria de Bogotá de cuanto pudiera serme útil en aquella visita, e hice abundantes apuntamientos de todos los datos y noticias que ellos tuvieron la bondad de suministrarme acerca de la fundación del convento y otros pormenores, que bien quisiera reproducir aquí, si no creyera hacerme fastidioso. El R. P. N...., después de hablarme de algunos cuadros de los dos Vásquez, de otros de Pablo Caballero, y de una escultura de Laboria, me recomendó que observase con cuidado un retrato al óleo que estaba en la portería del convento. No es como obra de mérito artístico que llamará su atención, me dijo, sino como recuerdo de una persona cuya historia le interesará mucho.

—¿Y se puede saber esa historia, reverendo padre? le pregunté.

—Se puede saber, me contestó; pero no soy yo quien debe referírsela a usted. Si desea conocerla, le aconsejo a usted, que cuando llegue allá se dirija a una persona que vive en una estancia, a orillas del río, y como a una milla distante del convento.

Tomé nota de un aviso que me prometía dar con alguna crónica de sumo interés; y como me lo había aconsejado el P. N...., mi primera diligencia al llegar al *Desierto* fue visitar el convento y, antes que todo, el susodicho retrato. Era éste el de un joven de buen aspecto, color más bien trigueño que blanco, ojos ardientes y facciones regulares. Su aire de arrogancia y por-

te decidido, revelaban un origen y una juventud enteramente seculares. Sin haber conocido el original podía decirse que el retrato se le parecía, tal era la expresión y vida del medio cuerpo que en aquel lienzo estaba pintado. En cuanto al mérito del pincel, por lo poco que a mí se me alcanzaba en esta materia, creía distinguir en el colorido y estilo general algo de la escuela de nuestro compatriota Vásquez; pero no me hubiera atrevido a emitir tal opinión con entera seguridad. Contemplé un buen espacio, procurando colocarme en el punto en que la luz fuese más conveniente, y ansiando adivinar en aquellos mudos colores una historia entera, tal vez llena de turbulentas aventuras, un libro de desdichas y un espejo de la humana vida.

Nada me reveló aquel lienzo, muy bien conservado, pero que no tenía inscripción alguna, y sólo hizo nacer en mí una multitud de conjeturas vagas, y de reflexiones más o menos filosóficas sobre el destino de los hombres; así que, apenas reposado de las fatigas del camino, y hechas las visitas de estilo al templo, a los pocos sacerdotes que allí había y a las personas notables que por entonces moraban en aquel apacible retiro, en busca de la salud del cuerpo o de la del alma, me dirigí al siguiente día hacia el lugar que me había indicado el P. N. Con mi bastón en la mano y la ruana al hombro, seguí a pie el itinerario que me había dado verbalmente, emparejando siempre con la corriente del río, y a poco más de media hora di con una posesión que, según las señas, no dudé fuese la de la persona a quien buscaba.

¡Qué soledad y qué belleza! Ni un perro impertinente que me estorbase el paso, o anunciase con sus ladridos mi llegada; ni cercas, ni puertas, ni cerrojos: los patriarcas no vivirían en sus tiempos en mayor seguridad. Una casita de humilde pero elegante apariencia, rodeada de árboles frutales, defendida a la espalda por una suave colina verde con franjas de cuarzo, que es la formación dominante en aquel terreno, y al frente, haciendo las veces de foso, un arroyuelo que limitaba el jardín, y que podría salvar sin dificultad un niño de seis años; esta era la posesión de mi futuro amigo, de un hombre estimable que había de proporcionarme más de un rato de solaz durante mi permanencia en aquellos lugares.

Figúrese la lectora un hombre de edad avanzada, pero robusto y bien conservado; las canas que adornaban su gran cráneo hacían resaltar más la frescura de su tez y el vigor de su expresión: la mirada viva, el gesto marcado, las facciones bien perfiladas, el ademán fácil, la conversación agradable y aun instructiva. Era, en fin, un hombre de mundo que, habiendo llegado a la edad proveya, se había retirado de la sociedad hacía algunos años, buscando un centro de reposo en el aislamiento y silencio de aquel *Desierto*, medio anacoreta, medio filósofo, que creía y esperaba, y que a pesar de sus sesenta años, largos de talle, amaba todavía lo bello, y admiraba lo grande.

No tuve necesidad de llamar, porque apenas me divisó de lejos (y tenía muy buena vista) salió a mi encuentro y me saludó, tendiéndome la mano, con la franqueza y cariño que si me hubiera conocido de muchos años atrás. Esto me abrió la puerta para tratarlo con la confianza que es propia de mi carácter, y le dije en tono de chanza:

—Señor anacoreta, tengo muy buenas noticias de usted, pues la fama de su austeridad y milagros se ha extendido por toda la comarca.

—Cierto, hijo mío, me respondió con una sabrosa carcajada, y el mayor de esos milagros es vivir aquí contento y satisfecho.

—Si los padres del yermo hubiesen elegido retiros como este para entregarse a la penitencia, creo que no habrían ganado tan fácilmente la bienaventuranza,

—¡Qué quiere usted! Yo pienso que en cualquier parte puede salvarse un cristiano, menos en el infierno.

—Y yo pienso que usted ha realizado el ideal de lo bello y lo perfecto: usted será el primer ejemplo de un anacoreta-sibarita. Debería usted solicitar privilegio exclusivo.

Por este estilo siguió nuestra conversación hasta que llegamos a la casa, donde hallé sombra, descanso, y buen dulce, agua pura y cristalina, y otros refrescos proporcionados a la situación.

A pocas vueltas interrogué con disimulo a mi huésped sobre aquello que era el objeto principal de mi visita, y lo hube de hacer con tan poca maña que por lo pronto se quedó callado y como sorprendido de mi cu-

riosidad; pero acto continuo le referí el origen de esa curiosidad; y cómo un religioso de Bogotá me había puesto en camino de saber lo que deseaba.

Le referiré a usted esta historia con mucho gusto, me dijo; pero por ahora hablemos de otras cosas, y deme usted noticias de esa capital, aunque a la verdad poco me interesa lo que sale de los términos de este *Desierto*. Comerá usted conmigo, si lo tiene a bien, y por la tarde, cuando el sol vaya declinando, iremos a dar un paseo. Sentados al pie de la *peña del eco*, satisfaré los deseos de usted en pocas palabras.

Acepté gustoso, y después de tomar un baño en el río y de comer con mi amigo, salimos, costeano la falda de la colina, y remontamos por entre algunos grupos de rocas, desde donde se presenta una perspectiva risueña de las vegas del río y contornos de Ráquirá y Tinjacá. Uno de estos grupos forma una cueva circular de fondo plano, y a un metro de profundidad corre por debajo de ella un arroyuelo que hace resonar aquella cavidad con el ruido de su corriente impetuosa. La disposición en que quedaron colocados esos enormes bloques, cuando por alguno de tantos cataclismos espantosos que han trabajado la costra de nuestro globo, vinieron rodando, quién sabe desde dónde, hace que en medio de ellos se produzca un eco muy claro y distinto de cualquier ruido fuerte que venga en cierta dirección: de aquí ha tomado su nombre este grupo.

Llegamos allí, no sin bastante trabajo y fatiga, y dominando con nuestra vista en primer plano las pequeñas estancias o labranzas de los moradores de aquel tranquilo edén, nos sentamos a la sombra de los arbustos que rodean las rocas. Después de un rato de descanso rompió el silencio mi compañero, y me dijo:

—Usted, como bogotano, pues supongo que lo es, conocerá una casa alta que está enfrente de la iglesia de La Candelaria.

—¿Una de dos balcones y de dos gabinetes? La conozco mucho, de vista.

—Pues bien, en esa casa, que pertenecía antiguamente al convento, vivía a mediados del siglo XVII Gregorio Vásquez Ceballos, el famoso pintor, cuya habilidad, y hasta cuya existencia han puesto en duda

muchas personas que no se toman el trabajo de informarse de las cosas.

—En cuanto a la existencia de Vásquez, añadí yo, parece que nadie duda después de haber leído los apuntamientos biográficos que publicó, hace cuatro o cinco años, el distinguido artista, historiador y estimable amigo mío, don J. M. Groot. La partida de bautismo que allí se registra es una prueba de bulto. La autenticidad de sus obras está más que suficientemente demostrada por ellas mismas; pero se disputa sobre la identidad de la persona.

—Este vacío, si lo hay, ha venido a llenarlo la tradición de padres a hijos. ¡Pues qué! ¿Hace tantos siglos que existió Vásquez para que la tradición haya podido oscurecerse pasando por tres o cuatro generaciones? Recuerdo que mi abuelo hablaba de un viejo que vivía en su tiempo y que había conocido personalmente a Vásquez, y daba noticia de algunas de sus obras. Pero dejemos esta materia para dilucidarla en mejor ocasión, y vamos a nuestra historia. Puede ser que más tarde suministre yo a usted algunos datos curiosos sobre este artista nacional, que puedan servirle de algo. Pues, como iba diciendo, Vásquez, ya en su edad madura, vivía en aquella casa con una hija suya, a quien había enseñado su arte, y que le ayudaba en él, sobre todo cuando el recargo de ocupación, la urgencia de cumplir sus compromisos, o la escasez de la bolsa para satisfacer a sus necesidades del momento, le obligaban a trabajar más que de ordinario. ¡Pobre Vásquez! Siendo ya viejo, se vio, como Cervantes, reducido a prisión en la cárcel de Santafé, como apremio para el cumplimiento de un contrato que había celebrado para hacer los grandes cuadros de la Capilla del Sagrario! Su honradez era conocida, pero el plazo que había fijado era muy corto, confiando tal vez demasiado en sus fuerzas.

No dicen las crónicas ni la tradición si la chica era hermosa o fea, grande o pequeña, rubia o morena; pero se deja entender que no sería un palmito despreciable, cuando hizo nacer una pasión vehemente en un hombre de bien y cristiano viejo, cuyo nombre conviene callar por respeto a su memoria.

Era este un joven de no muy elevada alcurnia, pero decente y bien parecido, y que tenía un mediano pasar

para aquellos tiempos de abundancia y baratura. Había visto varias veces al entrar a la iglesia o salir de ella, de donde, como se ha dicho, no la separaba sino el ancho de la calle y el del atrio, y sin saber cómo ni cuándo, se halló tan apasionado de aquella creación viviente del pintor, que, atropellando por todo, resolvió hablarla y aun requerirla de amores, en el bien entendido de que sus pretensiones eran, como debían ser, hidalgas y honestas. ¡Válgate Dios!, decía el mozo cándidamente, hablando consigo mismo: si yo pudiera obtener la mano de la linda Inés, sería el más feliz de los mortales. Y una bella mañana, en un raptó de entusiasmo tomó el sombrero y se dirigió a la casa de su adorado tormento.... Pero qué voy a hacer allá, pecador de mí, reflexionó estando cerca de la esquina: no he de entrar de rondón a pedirla, así, de buenas a primeras! Necesito un pretexto.... Además, deseo tratarla, conocerla a fondo.... Y después de un momento de vacilación, pasó precipitadamente el puentecillo de piedra y se entró sin más cumplimientos al castillo de su dama.

Aquella era por entonces una impertinencia en casa de Vásquez, que de algún tiempo atrás vivía encerrado y no permitía que nadie le viese pintar.

—¡Cosa extravagante! dije interrumpiendo a mi interlocutor.

—Ciertamente, era un capricho raro, pero verá usted la causa de que provino. Vásquez había hecho un contrato con los Padres de Santo Domingo para pintar todos los cuadros de la vida del Santo que debían decorar los claustros, después de haber ejecutado los que se hallan en la sala que llaman *de profundis*, algunos de los cuales son muy admirados. Luégo que hubo concluído dos o tres de aquéllos, que usted habrá visto muchas veces, llegóse a los Padres un joven discípulo de Vásquez, que había hecho grandes progresos en el arte, pero cuyo nombre no ha pasado a la posteridad, en justo castigo de su felonía, y les ofreció hacer él la obra por un precio muy inferior. Los benditos religiosos, sea por el cebo del ahorro, sea porque estaban disgustados con el carácter un tanto extravagante del maestro, sea, en fin, por falta de gusto, buscaron un pretexto para rescindir su antiguo contrato, y celebraron uno nuevo con el otro. Profundamente afectado

Vásquez por esta acción indigna, juró (y lo cumplió) no volver a enseñar a nadie, ni permitir que persona alguna lo viese pintar. Esta era la causa de su obstinado encierro.

Pero aquel día estaba de mejor humor para recibir, y apenas se hizo anunciar nuestro enamorado mancebo, cuando fue introducido a una pieza contigua al taller del maestro, y a poco rato apareció éste. Después de los saludos y preguntas usuales, díjole aquél que el objeto que lo llevaba era el de proponerle que tuviese la bondad de hacerle su retrato. La contestación de Vásquez fue cortés pero seca:

—Yo no hago retratos.

—Sin embargo.... una excepción.... repuso el joven sin desconcertarse, pues era sólo un pretexto.

—No he hecho en mi vida sino uno solo: el mío!.... y eso lo he pintado de espaldas, seguro de que si lo hubiera hecho de frente, por la semejanza de la cara nadie me habría reconocido. (*)

—¿Conque no querría usted hacer un ensayo....?

—Es inútil: creo que no conseguiríamos nada ni usted ni yo.

Después de algunas preguntas indiferentes, y medias palabras sin objeto, despidióse nuestro amigo, perdida ya la esperanza de un buen resultado; pero por fortuna o por desgracia, Inés se hallaba a la sazón en el taller preparando unos lienzos, y al través de un biombo pudo reconocer al joven que casi diariamente veía en misa, y cuya figura le interesaba, sin poderse dar cuenta ella misma de si era por su porte gentil y dulce fisonomía o por las miradas furtivas y apasionadas que de vez en cuando le dirigía. Sea lo uno o lo otro, o sean ambas cosas, que es lo más probable, lo cierto es que cuando oyó el sonido agradable de su voz y vio sus maneras finas y atractivas, aquel naciente interés subió de punto, y sintió en la mitad de su alma que el incidente del retrato hubiese tenido tan mal éxito, pues todo lo había oído.

(*) Esto es histórico: Vásquez se retrató a sí mismo, a caballo, en una cacería, diversión a que era muy afecto; pero se pintó casi de espaldas, y sólo se veía un ligero perfil. Este pequeño cuadro estaba en poder del señor Luis García Evia, hace algunos años.

Pensó el joven que, a falta de un retrato, cualquiera otra pintura pudiera servirle de pretexto para introducirse en la casa, y repitió su visita; pero ni el maestro estuvo visible durante muchos días, ni tampoco se halló en disposición de servirle, pretextando para ello muchas y urgentes obras que tenía entre manos.

Triste y descorazonado el burlado pretendiente, continuó en su sistema de ocurrir a la iglesia a la hora en que Inés acostumbraba presentarse acompañada de su padre o de una criada; y no contento con esto, algunos días, entre cinco y seis de la tarde, entraba al convento, y colocándose en la celosía del antecoro, que, como usted recordará muy bien, da frente por frente a los balcones de la casa, acechaba desde allí la ocasión de ver a la señora de sus pensamientos.

Esta escena se repitió durante algunos meses, y más de una vez sucedió que los padres al entrar a coro hallasen al centinela de pie firme, sin poder adivinar el objeto de su constancia. No es extraño que esta observación hiciese nacer conjeturas y aun sospechas, que, llevadas en alas del celo y buena amistad al vecino inquilino, hicieran que a poco tiempo se cerrasen herméticamente los bastidores de muselina de los balcones, que entonces los vidrios eran desconocidos o muy raros en esta ciudad. Pero esta medida de precaución no llegó tan a tiempo que pudiera impedir la conclusión de la obra que la artista Inés había empezado con no pocos sustos y trabajos, y en fuerza de la compasión que le había inspirado el deseo no satisfecho de su amante.

—¡Pues qué!, tal vez el retrato.... exclamé, interrumpiendo la narración.

—Aguarde usted un momento. Una de las obras que ejecutaba Vásquez en esos días era un San Agustín que le había encargado un religioso del mismo convento; luégo que lo hubo concluído lo enrolló cuidadosamente en un papel, y no pudiendo ir en persona al convento porque un grave achaque lo había postrado en cama, dijo a Inés: «Tomad este lienzo y enviadlo hoy mismo al Padre Andrés de San Nicolás. Un rayo de luz vino a iluminar a la cuitada pintora que se devanaba inútilmente los sesos pensando cómo haría llegar su obra a manos del asendereado joven. Tomó en el acto el retrato que ella misma había hecho con

sus manos, en los ratos en que su padre se ausentaba de casa, y que tenía oculto cuidadosamente, y cuando alcanzó a columbrar por entre los agujeros de la imoportuna celosía que el joven estaba ya en el sitio acostumbrado, arrollándolo también en un papel, dijo a la criada: «Tóma estos dos rollos y llévalos al convento; lláma al lego portero y dile que mi padre envía este al reverendo Padre Andrés, y este otro, que está atado con una cinta, a un sujeto que sabe está en este momento en el antecoro confesándose, y a quien no lo puede entregar personalmente por hallarse enfermo; y que dispense el modo irregular de hacerlo, en atención a la urgencia de que lo reciba».

Según costumbre infalible de las mujeres, sobre todo en casos delicados, repitió Inés una y otra vez el recado a la criada; pero de nada le sirvió esta precaución, pues su mala estrella quiso que, o bien la criada o bien el lego, cambiasen los frenos, yendo a dar el grande Agustino a manos del amartelado caballero, y el retrato de éste a las del bendito religioso.....

Como la sirvienta tenía orden de aguardar la noticia del resultado en la portería, el lego volvió con el rollo del retrato diciendo de parte del Padre, que sin duda el señor Vásquez había padecido una equivocación al enviarle aquella pintura. A la sazón llegaba también el otro a la portería en busca del lego, y sería en vano pretender describir la escena de turbación y de pasmo que allí pasó entre aquellos tres personajes heterogéneos. Oyendo el joven hablar de equivocación, y viendo en manos del lego el otro lienzo, echó mano de él y desarrollándolo precipitadamente vio sorprendido su propia imagen, llena de vida y animación. Apenas podía dar crédito a sus propios ojos, y por un momento pensó que era el juguete de una vana ilusión. Despejóse, en fin, en parte la oscuridad de aquel misterio con las explicaciones que la criada balbuciente dio, y nuestro joven, loco de alegría y lleno de gratitud hacia el buen Vásquez, que así había querido darle una sorpresa, voló a su casa, atravesando de un salto la calle, y llevándose por delante a la criada, que en su afán había dejado caer el rebozo, y ostentaba su jubón de florerones y su larga y robusta trenza, a manera de una figura chinesca.

Juntos entraron; pero el joven, que ya sabía el camino, se adelantó, y al llamar al taller, que comunicaba con la alcoba donde estaba el pintor, se halló de manos a boca con Inés que salía con los restos de una enorme jícara de chocolate que acababa de despachar el enfermo. La mujer de Loth, cuando, volviendo los ojos a la ciudad maldita, quedó convertida en estatua de sal, conservó sin duda más vida que Inés cuando vio a su amante presentarse, como una aparición, con el lienzo del retrato en la mano. Era la estatua de Hebé, sosteniendo con dos dedos el pocillo de loza de Talavera.

El murmullo inusitado que la entrada del mozo con la criada había hecho, y el del habla extraña que percibía Vásquez en la sala, hicieron que éste llamase a Inés, la cual, saliendo de su estupor para caer en la mayor ansiedad, respondió a su padre con palabras cortadas. Las instancias del joven para ver al artista, la turbación y desconcierto de Inés y la tercería que en esta escena vino a hacer la criada, dando al enfermo confusa noticia de lo ocurrido, decidieron a éste a hacer entrar en su aposento al joven para aclarar el enredo.

—Amigo mío, dijo éste lleno de gozo al entrar, no tengo palabras con qué expresaros mi profunda gratitud por vuestra bondad. ¡Conque me reservabais tan agradable sorpresa....!

—¡Pero qué sorpresa! replicó Vásquez: no sé de qué me habláis, señor mío.

—Pues la que acabáis de darme....

—¡Qué más sorpresa que la que me dais a mí, que ignoro absolutamente....!

—¡Cómol, pues aquí está el retrato que yo os había pedido y que habéis tenido la generosidad de enviarme.

La pobre niña, que, cándida y sencilla, no pudo prever las consecuencias de su loca indiscreción, hubo de salirse del aposento para caer sin sentido en la pieza inmediata, a tiempo que el Padre Andrés, que, como religioso y amigo de la casa, tenía entrada franca en ella a todas horas, llegaba también con su embajada en solicitud de Vásquez, y venía a saber el origen del gracioso *quid pro quo*.

Nueva escena de sorpresa y admiración viendo a Inés tendida en el sitial de su padre sin conocimiento;

creyendo el buen fraile que algún grave insulto había atacado a Vásquez, corrió a la alcoba donde lo halló incorporado en la cama con su gran gorro blanco, y hablando con el joven. Callaron ambos al entrar el nuevo interlocutor, y como los temores de éste habían desaparecido al ver tan entero al enfermo, conversando en alta voz con el médico, que tal creyó por lo pronto al héroe de esta historia, entabló la conversación por su parte.

—Conque, señor don Gregorio, dijo: ¿qué error fue el vuestro enviándome una pintura profana en vez de la que yo os había pedido?

—¡Otra te pegó! replicó Vásquez; en la misma aclaración estábamos aquí con el señor.

—Os aseguro que nunca había visto a mi padre San Agustín con bigote y pera, y con todos los arreos de un caballero del siglo; a no ser que quisierais pintarlo como era antes de su conversión.

—Ni yo me había visto con hábitos en mi vida, añadió festivamente el joven.

—Pero, señores, entendámonos, dijo el pintor: hay aquí un misterio que no puedo descifrar. ¿De dónde ha salido este retrato? Yo no lo he hecho, lo aseguro a fe de hombre honrado, ni menos he podido enviarlo a este señor, a quien apenas conozco de vista. Es preciso que este lance de comedia tenga su desenlace.

Tan aturdido el fraile como el joven y el pintor, no sabía ninguno de ellos qué pensar de tan extraña aventura, hasta que, vuelta en sí la niña del síncope que la había acometido, y viéndose perdida sin remedio, sacó fuerzas de flaqueza y corrió a arrojarle a los pies de su padre bañando sus manos con copiosas lágrimas. Refirióle brevemente lo que había pasado y cómo su imprudencia, aunque inocente, la había comprometido. Puso a Dios por testigo de que ninguna, liviandad ni mala intención la habían movido a hacer aquello de que tanto se arrepentía ahora, y que sólo un sentimiento desinteresado de compasión por aquel joven la había obligado a emprender en secreto el ensayo de su retrato. Esta confesión, hecha con la mayor ingenuidad y candor, las lágrimas de su hija, la sincera exposición del caballero, que confesó su afición honesta, y últimamente la intercesión del Padre Andrés, que era de un natural humano, blando y compasivo, y que en-

treveía en todo esto la posibilidad de fomentar un enlace para la hija de su amigo, hicieron calmar la tempestad en el ánimo del atribulado anciano. Con mano temblorosa tomó la de Inés y, levantándola del suelo, le dijo conmovido:

—Has errado, hija mía. Dios te perdone como yo te perdono. La fragilidad es la herencia humana; pero si por desgracia esta falta hubiera empañado la única que yo puedo dejarte, que es la honra y buen nombre, en vez de perdonarte.... no sé si te maldeciría....

Y volviéndose al joven, le dijo:

—Quiero ser más noble y generoso que vuesa merced, señor mío, que así ha turbado por un momento la paz de una familia honrada y la tranquilidad de mi humilde taller. Tome vuesa merced ese lienzo; su propia imagen en él pintada le recordará ese desacierto de que ya estará arrepentido. Pero una condición pongo a esta donación, por todo precio del trabajo de mi hija, y es que vuesa merced no la vuelva a ver, ni a ella ni a mí, en los días de su vida, y que, si es posible, ponga entre los tres muchas leguas de tierra. Si no aceptare ni una ni otra cosa, sería esta la señal de guerra, y ya sé con qué enemigo tendré que habérmelas.

Confundido el galán y con la frente inclinada, vaciló por largo rato sobre el partido que debía tomar. Tan pronto le venían ímpetus de arrojarle a los pies de aquel hombre y ablandar sus entrañas para que le concediese la mano de su hija; tan pronto su vano orgullo ofendido se rebelaba contra esta idea; hasta que en uno de aquellos momentos de clara previsión que ocurren en los lances extremos, aceptó la condición y el retrato. Era, en efecto, mera cuestión de tiempo, y no le parecía aquella la ocasión más propicia para insistir en un proyecto que más tarde podía realizar. Además, quería conservar a todo trance aquella obra de su Inés, que no habría dado por todo el oro del mundo, pues rehusándola entonces quizá la perdería para siempre.

Terminóse con esto la conferencia, y entrada ya la noche, salió el joven con el corazón oprimido, después de estrechar la mano de Vásquez y de decir con los ojos un adiós, tal vez eterno, a la generosa doncella, la cual, perdido el aliento, cayó de nuevo a los pies de la cama de su padre.

Parece hoy fabulosa, o por lo menos muy exagerada, esa probidad de nuestros mayores, para quienes el cumplimiento de una simple promesa era lo más sagrado del mundo. Esa buena fe, proverbial entonces, ese respeto religioso a la palabra dada o recibida, era en los siglos llamados de la barbarie y del oscurantismo, tan general, tan popular, digámoslo así, como lo son ahora el dolo y la falsía en casi todos los negocios de la vida.

Nuestros padres llamaban al pan, pan, y al vino, vino: nosotros, los hijos de este siglo de luces, llamamos pan al afrecho y vino al vinagre, y se hace tan notable y excéntrico el hombre leal y de sano proceder, que casi puede decirse que la sanción pública lo condena, como al justo Aristides, por ser demasiado justo. Muchos dicen como decían nuestros antepasados: «mi palabra vale más que una escritura»; pero los que los oyen se sonríen, sabiendo el valor que deben dar a esta fórmula jactanciosa. Podrá llamarse ésta con razón la *edad del oro*, mas de ninguna manera la edad *de oro* en materias de probidad y de honradez acrisoladas al estilo rancio de los siglos pasados.

No es, pues, extraño, que el protagonista de esta verídica historia, ligado espontáneamente por una tácita promesa, resolviese cumplirla a todo trance. Prendado más que nunca de la fineza y trazas cariñosas de la bella Inés, y maravillado por otra parte del desabrimiento de su padre, fluctuó en su interior por algunos días; pero al fin, echando el pecho al agua, arregló sus negocios y partió de Santafé, con ánimo determinado de retirarse a lejanas provincias, mientras algún vaivén de su ingrata suerte lo condujese de nuevo a sus lares. Partido muy cuerdo a la verdad, porque (lo que él decía) ¿qué adelanto yo con andar como fugitivo en mi propia casa, esquivando las ocasiones de verla, atormentado por la idea de su mismo amor, y por las ansias de una situación violenta para ella y para mí? Que yo no he de solicitarla ni aun verla siquiera, es cosa clara! ya lo he prometido al aceptar el retrato.... Que ella, en la apariencia por lo menos, me ha de mirar con desvío, ¡quién lo duda! ¡Vamos, no hay remedio! Es preciso abandonarla.... pobrecilla!.... Y mirando el retrato lo besaba, los ojos cuajados de lágrimas,

Presentósele a la sazón una coyuntura muy favorable para realizar su proyecto en mayor escala. El Presidente don Diego del Corro y Carrascal, sucesor del famoso Egües de Beaumont, que tantos bienes hizo a la ciudad de Santafé, entre ellos la construcción de los puentes de San Francisco y San Agustín y el puente sobre el río Bogotá, habiendo terminado su corto período de mando por promoción a la Presidencia de Quito, debía trasladarse a aquella capital. Presentóse nuestro joven resueltamente al ex-Presidente y le dijo cómo en la ciudad de Quito (y así era la verdad) tenía algunos intereses de familia y ciertos negocios abandonados que le importaba arreglar, y que, deseando aprovechar la compañía y aun el influjo de tan distinguido sujeto, se le ofrecía, sin gravamen, para lo que pudiera ocurrírsele en su largo viaje, ya como secretario privado, ya en cualquiera otro destino honroso. El buen don Diego le cobró afición al mozo, y prendado de sus buenas maneras, le ofreció recibirlo en su comitiva para llevarlo hasta Quito, y en efecto cumplió su promesa.

Partió, pues, nuestro amigo, no sin despedirse con hondos suspiros de la ciudad querida y de la casa que tanto amaba, y llevando consigo, como el padre de Eneas llevaba sus ídolos, aquel lienzo, muda pero eloquente prenda del afecto de Inés.

A los días serenos y tranquilos de ésta, pasados en moler colores, en preparar lienzos, en diseñar cartones para las obras de su padre, había sucedido la época breve y un tanto turbulenta de sus primeros y últimos amores; con el haz de pinceles en la mano divertía la vista, distraída y risueña, en la abigarrada paleta, y de entre sus mil colores matizados veía brotar las ilusiones y los sueños en que su alma se arrobaba. Eran las mismas indefinibles impresiones que se experimentan al contemplar en una hermosa tarde las nubes doradas que bordan el flavo horizonte, barrera tan engañosa como frágil. Al verla empuñando la larga y ligera caña del pintor y la gran paleta de madera de cedro engarzada en el dedo pulgar, un poeta antiguo la habría llamado nueva Minerva armada con la lanza y el escudo, nacida del Júpiter de las artes granadinas. Pero eran más tristes y angustiosos los días que le reservaba su adversa fortuna. Estos sufrimientos amar-

gos, que aceptaba con resignación cristiana, fueron coronados por la mayor de las desdichas que pueden agobiar el corazón de un hijo. Quien no ha perdido a sus padres, quien no ha recibido aún su bendición postrema y recogido su último aliento, dándoles la mano para bajar a la tumba, ése no puede comprender la desgracia de Inés:

Los achaques del pintor se aumentaban día por día, y presintiendo tal vez su fin cercano, dióse prisa a concluir el cuadro de la *Concepción* que usted habrá visto en la iglesia de La Candelaria, en la nave de la izquierda.

— En efecto, allí lo he visto varias veces, contesté a mi amigo, y no es la mejor de sus pinturas.

— Pues bien, concluída esta obra, en que se revela aún el sentimiento poético de su autor, fue colocada en el altar que le estaba destinado. Era probablemente un voto o devoción de Vásquez, porque el día de la colocación, que fue el 8 de diciembre de 1710, se hizo la ceremonia con gran solemnidad, cantándose una misa que él mismo costeó. Preparada de antemano su conciencia, recibió aquel mismo día los sacramentos en compañía de su hija, con toda la unción edificante de quien no esperaba recibirlos ya más en este mundo, y de allí se retiró a su casa, de donde no volvió a salir sino para la última morada, pues ocho días después, agobiado por un nuevo ataque de su enfermedad habitual, expiró rodeado de muchos amigos y de algunos de los vecinos religiosos.

La noticia del fallecimiento de Vásquez no podía ser en aquella época de grande interés fuera de la capital de la Presidencia. Sabido es que entonces no había un sistema de correos regularmente organizado, y las gentes de negocios se valían ordinariamente de los viajeros para que les condujesen las muy raras cartas que tenían que escribir. Esta costumbre de *aprovechar una ocasión* subsistió después hasta el tiempo de la República, y no hace setenta años que para escribir a Europa, y aun a la Costa, se aguardaba la oportunidad de que alguno se marchase para recomendarle una carta. El mismo correo de la Península no venía a la colonia sino cada seis meses, y era ese un acontecimiento tan notable, que el día de su llegada a Santafé se echaban a vuelo todas las campanas, particularmente si traían la

fausta noticia de que «la importante salud de Sus Majestades se conservaba inalterable». Si era el nombramiento de algún Corregidor, Oidor o Alcalde de casa y corte, los noticieros vagamundos tenían en qué ocuparse, y si era la provisión de la Presidencia o de la sede vacante, esta noticia, como si fuera un temblor de tierra, hacía salir a todos los habitantes de sus casas, y durante quince días no se hablaba de otra cosa en la ciudad. En cuanto a la prensa periódica, excusado es decir que en aquellos tiempos era muy poco conocida en la tierra granadina. Sabido es que hasta mediados del siglo último no se trajo a Santafé la primera imprenta, y que hasta principios del presente no floreció en sus primeros albores el periodismo.

Así, pues, las noticias de algún interés no se sabían en los pueblos distantes sino tarde, mal y a veces nunca, y por consiguiente no es extraño que la nueva de la muerte del primer pintor americano no llegase a oídos del amante de Inés sino después de mucho tiempo de ocurrida, y cuando, de regreso de algunas incursiones al interior de comarcas lejanas, llegó a la ciudad de Ibarra.

Al saber este suceso, triste y alegre para él a un mismo tiempo, se dio prisa a arreglar sus no muy bien parados negocios, y a poco emprendió regreso a Santafé, adonde llegó lleno de agitación y ansiedad, fluctuando entre la esperanza y el temor, y combatido su ánimo por secretos presentimientos.

Lo ligaba, es verdad, una promesa, si no explícita y terminante, por lo menos bastante clara y formal para reputarla como sagrada; promesa que por nada en el mundo hubiera violado jamás. Pero una cuestión muy natural ocurría a su pensamiento: muerto aquel a quien había hecho esa promesa tácita, y de cuyas manos había aceptado el retrato en prueba de aquiescencia, ¿continuaría ligado por ella? El compromiso de no volver a ver a la dulce pintora, ¿no habría cesado desde el momento en que ella había quedado libre y dueña absoluta de su voluntad? La conciencia más estrecha y severa no vacilaría en fallar por la rescisión de aquella especie de contrato, en que debían suponerse ciertas reservas permitidas a un hombre honrado.

Así que, espoleando siempre su caballo el impaciente joven, contaba, no ya las leguas sino los pasos

que andaba, y la multitud de pensamientos, de combinaciones y proyectos que sin cesar traían ocupada su imaginación, no eran parte a hacerle parecer más breve el camino que recorría ni el tiempo que en ello empleaba.

Pero en veinte meses de ausencia ¡cuántas cosas habían sucedido! ¡Qué tropel de desgracias y acontecimientos inesperados, imprevistos, si es que en esta vida puede haber alguna cosa inesperada e imprevista!

El pintor había muerto poco tiempo después de su salida. Inés había quedado sola en el mundo, reducida a los escasísimos medios de subsistencia que le proporcionaban los cuadros que a la ligera pintaba en tabla o lienzo, y que enviaba a vender por las calles con un chico que en este mismo oficio había servido largo tiempo a Vásquez. Sin más herencia que su arte, sin más dote que su virtud, sin más compañía que su criada o dueña, fiel tipo de las criadas de aquel tiempo, reducida a habitar una casilla estrechísima, Inés se consumía en la tristeza y el fastidio, agravándose su situación por el tenaz recuerdo de un amor desgraciado. Descubría muy en lontananza, es verdad, las vislumbres de una esperanza incierta; pero el tiempo corría, la estrechez aumentaba, y las noticias de un hombre cuya posición para con ella no había quedado bien definida, se hacían desear en vano, hora por hora, día por día, año por año.

Todo este cúmulo de contrariedades, enemigas de su reposo, fueron labrando sordamente su salud, y del espíritu enfermo pasó el contagio al cuerpo, disponiéndolo a sucumbir a cualquiera leve enfermedad. Así sucedió en efecto: invadida la ciudad por una de aquellas terribles epidemias que de vez en cuando la han azotado cruelmente, fueron víctimas entonces de la pestilente influencia gran número de personas principales, siendo una de ellas, a la edad de sólo 22 años, la modesta y sensible Inés de Vásquez, hija única y legítima del eminente artista. Enflaquecida y débil, como ya he dicho, agobiado su espíritu por tantos sufrimientos, no pudo resistir a los estragos del contagio, sino el tiempo necesario para recibir los auxilios de la religión y para recomendar a su leal amiga y compañera la manda de sus últimos suspiros.

Excusado sería pintar el dolor y desesperación que se apoderaron del atribulado joven a la nueva de tantos y tan desastrosos acontecimientos. Aturdido en un principio por la violencia del golpe, no dio rienda a aquéllos sino cuando, repuesto de la sorpresa, vio toda la realidad de su desgracia. En los caracteres nobles y perseverantes no debe confundirse la resignación con el olvido; y en nuestro amigo, apasionado y caballeroso por demás, esa resignación fue tardía e incompleta, según lo demostró en el curso de los años que sobrevivió al objeto de su amor.

A su regreso a la capital vivió triste y separado de toda sociedad; de accesible y franco que le habían conocido sus amigos, se tornó en misántropo y hurafío, con no poca sorpresa de los que ignoraban la causa de tan repentina variación. Sus negocios iban de mal en peor, y el éxito poco favorable que tuvieron sus diligencias en Quito, confiadas después a un agente infiel, todo ello vino a reagravar de tal modo su situación ya desesperante, que en un día de aburrimiento y dolor resolvió separarse para siempre del mundo y buscar un asilo contra sus engaños.

II

Iba a continuar mi amigo su interesante relación cuando de improviso vino a interrumpir nuestra sabrosa plática, y como a tomar parte en ella, un huésped alado cuya importunidad le perdonámos de buena voluntad en gracia del placer que al oírlo experimentámos. Era una mirla blanca que, posándose casi sobre nuestras cabezas y meciéndose en una rama como en blanda hamaca, vuelta la cara al sol que ya se escondía, entonó un solo de trinos y gorjeos, tan caprichosos e inciertos en su tono como en su medida: melodía del cielo que nos advertía que la oración de la tarde es un deber aun para los seres inferiores de la creación. A veces acompañaba su dulce canto con el movimiento de las alas, a semejanza de aquellas gentiles bailarinas andaluzas que, empuñando el sonoro crótalo, repican y mueven los brazos con un garbo y donaire que sólo ellas poseen y que caracteriza a esa raza feliz y privilegiada. En ocasiones suspendía por unos momentos sus notas indefinibles y permanecía en silencio, como

estudiando nuevos cantos, y volvía de nuevo al *ritornello* con mayor entusiasmo, después de una larga cadencia. Figurábanseme estas intermitencias a los calderones o pausas en que los músicos callan para contar varios compases.

Aquel canto delicioso me trajo a la memoria el cuento vulgar de cierto lego que, oyendo cantar en el jardín de su convento un pajarillo, se quedó fuera de sí en la meditación, y allí permaneció muchos años, que le parecieron breves momentos; y dije para mí: si el caso fue cierto, no hay duda que ese pájaro que vino a dar al lego una idea de la eternidad y de la gloria era una mirla blanca.

Por poco no nos sucede lo mismo a mi compañero y a mí, que embebecidos oíamos todavía las suaves modulaciones, aun después de habernos abandonado nuestro nuevo interlocutor, lanzándose en el aire tan rápido como una flecha.

Permanecimos en silencio un buen espacio, y como entregados, a pesar nuestro, a la contemplación de la escena vespertina que había venido a animar la cantora del *Desierto*, hasta que, anudando el anciano su relación, continuó pintándome las ansias del amante desgraciado, su desesperación, el vacío que lo rodeaba por todas partes, y la sequedad de su corazón desde que el rocío de la esperanza que lo mantenía fresco, se había evaporado con la muerte de la única mujer a quien lo había entregado.

Describía al mismo tiempo la desolación de la ciudad por consecuencia de los estragos de la peste, el abandono de las casas, la consternación de los habitantes, que por aquel tiempo no dejaban de ascender a cerca de 20.000 entre criollos y españoles, el luto general, las oraciones y penitencias públicas que se impuso la población, y en fin, todo aquel gran cuadro de una desgracia inmensa y lamentable.

Contóme cómo la antigua casa de Vásquez, abandonada también desde su muerte, permanecía cerrada y desierta, pues en aquella época no eran tan escasas como hoy, ni tenían tanta demanda, las viviendas de alguna cuantía y las casas de buena apariencia. Díjome, golpeando con su bastón sobre una piedra, cómo el desventurado amante, dando rienda suelta a su dolor, y perdido todo miramiento, llamaba desatentado a la puerta

de aquella casa, antes para él tan alegre y atractiva; y que, llegando casi hasta la insensatez, solicitó y obtuvo las llaves, y entrando en ella, se encerró por dentro y recorría a grandes pasos todas las habitaciones donde Inés y su padre estaban de ordinario en otro tiempo; aquel taller de donde habían salido tantas obras maestras, entonces desierto y habitado sólo por las ratas; aquellas antecámaras mudas y silenciosas; aquel patio cubierto de brezo y ortigas, donde no resonaba ya sino el triste canto de alguna rana solitaria. Y que por último, sin poder contenerse, a semejanza de aquel viajero que, visitando las Termópilas, subido sobre una roca, llamaba a grito herido al inmortal Leonidas y a sus valientes compañeros, nuestro incógnito amigo llamaba también en alta voz a Inés y a su viejo padre. Acercándose después a los balcones miraba en melancólica contemplación el lugar en que su amada había delineado sus facciones, y tocaba con las manos contraídas las manchas de color que los pinceles de los dos artistas habían dejado en las puertas y paredes del taller, como otras tantas inscripciones elocuentes de la fragilidad de las cosas humanas.

Un amante formado en la escuela de las novelas o melodramas modernos —continuó mi interlocutor— y tan sensible y extremado en sus pasiones como era éste, habría puesto fin a sus padecimientos con un suicidio; pero no era ese el término que el amante de Inés debía buscar a su desdicha. Piadoso por organización, aleccionado desde sus primeros años con la suave doctrina del Evangelio, hijo de padres timoratos, y dotado de un espíritu recto y de un corazón sano, su heroicidad y abnegación debían tener un carácter más sublime y salir de los límites de la vulgaridad en que incurren los réprobos suicidas.

Así, pues, tomada su resolución irrevocable, después de haberlo pensado detenidamente; arreglados lo mejor que pudo sus negocios temporales; sin comunicar nada de sus proyectos a los parientes lejanos con quienes vivía, pues sus padres habían muerto siendo él todavía muy joven, encaminóse una tarde con paso lento al consabido convento de la Candelaria, de tan gratos recuerdos para él, y al punto en que las campanas daban el toque de oraciones, entró por la portería nuestro

amigo y allí se detuvo como para lanzar la postrer mirada a la vecina casa, testigo de su desgracia.

Al llegar a este punto oímos distantemente la lejana vibración de unas campanas: era el mismo toque de oraciones que de la distante iglesia del Desierto nos traía el viento de la tarde. Por un movimiento involuntario nos pusimos de pie simultáneamente y, descubriendo la cabeza, permanecemos algunos segundos en profundo silencio. Esas voces pausadas y solemnes de la campana mayor eran para nosotros el toque de fajina, y un aviso de que debíamos suspender nuestra historia y retirarnos, pues el sol estaba ya debajo del horizonte y la noche se acercaba más que de paso.

—Se levanta la sesión, dijo mi amigo, para continuar la mañana a la misma hora.

—Convenido, dije, y yo tendré cuidado de hacer esta noche la minuta del acta. Pero, dígame usted: ¿no podrá saber al fin el nombre de ese incógnito amante que tanto me interesa?

—Debo callarlo, replicó, por respeto a algunas personas que llevan su apellido y probablemente son de su misma parentela; pero, si usted quiere, podremos llamarlo en adelante por su nombre de pila que era Guillén, con o sin el *don* correspondiente, que nada hace a esta relación esa especie de apéndice inevitable en aquellos tiempos.

—¡Que me place! dije, porque al fin tendremos usted un descanso y alivio natural para su relación, cuyo desenlace ya preveo, y yo una palabra en qué personificar este ideal vago y vaporoso, un sonido articulado que sirva como de foco de mis impresiones y reciba mis simpatías.

Así continuó nuestra conversación hasta llegar a un paraje en que se oía ya muy cercano el murmurio del río y se hacía más espesa y abundante la vegetación que borda sus orillas. En uno de aquellos bosquecillos formados alrededor de un coposo *muelle* y dos o tres sauces llorones, se presentó de nuevo nuestra melodiosa cantora, que parecía seguirnos de lejos y espiar nuestros pasos. A lo menos tal lo creí yo; pero mi compañero me dijo: «No sólo una de estas cantoras encontraremos en el camino, sino un centenar de ellas, pues abundan tanto aquí como los gorriones en Bogotá o

los *toches* en Fusagasugá». En efecto, a medida que descendíamos a la vega oíamos por todas partes esos conciertos alegres y misteriosos a un mismo tiempo.

Siempre he sido muy afecto al canto de las aves—dije al llegar a nuestra posada—; pero el predilecto para mí es el de la mirla blanca, o más propiamente parda: encuentro en él una suavidad, una finura, un no sé qué que no puedo explicar. El turpial, tan estimado, canta, o más bien silba, demasiado fuerte, y sostiene siempre esa aspereza natural de su voz, sin modularla; el *toche* es algo simple, y sobre todo incapaz de aprender otro canto que el que le enseñaron sus padres; el canario es dulce y apacible, pero poco variado; el ruisenior, vulgarmente llamado *cucarachero*, es sin duda un animalito admirable: su canto, alegre y bullicioso en medio de las sombras de la noche, es de un género tan especial que ningún otro se le parece. Pero la mirla blanca, cuando ha llegado a su madurez, no tiene rival, a lo menos en lo que yo conozco. Reúne en su voz las bellas cualidades de todos los otros; ensaya primero sus gorjeos como para buscar el tono conveniente; canta muy piano, y sus preludios a *sotto voce* parece que tienen por objeto llamar y prevenir al que ha de oírlos después. A veces se diría que, temiendo molestar a su dueño, no se atreve a levantar la voz, sino cuando es excitada para ello. Si se le enseña un aire, ella lo modifica mejorándolo; y, en fin, sus cadencias, ya melancólicas, ya alegres, ya pausadas o ligeras, despiertan en el que la oye una idea vaga de cantos desconocidos en un paraíso que sólo se ve en sueños. Tengo para mí que si hay aves de mal agüero, que sólo anuncian desgracias, también hay otras mensajeras de felicidad. Yo a lo menos, cuando oigo alguna vez en mi jardín los preludios fugitivos de un ruisenior que viene a hacerme una visita de pocos segundos, y después de cantar tres o cuatro veces, muy de prisa, se marcha sin saber con qué destino, siento una impresión que ensancha mi alma y la llena de alegría.

Es tanta mi pasión por esta clase de música, que, si usted me lo permite, y mi memoria no me hace quedar mal, voy a recitarle a usted unos versitos, si tales pueden llamarse, que hice en años pasados, y que no tienen otro mérito que el del asunto. ¿Le gustan a usted los versos?

—¡Cómo no! Si son buenos, ¿quién no gusta de ellos?

—Se titulan *Mi vecinita*, y dicen así:

Suspiro noche y día,
Suspiro sin cesar,
Muriéndome de amores,
Muriéndome de afán.
De mi ventana enfrente
Otra ventana está,
Donde continuo veo
La tímida beldad
Objeto de mis ansias
Y causa de mi mal.

¡Oh! ¡quién feliz pudiera
Alzando el vuelo allá,
Con amorosa mano
Su cuello acariciar!

La dulce prisionera
Con voz angelical
En infantil deleite
Siempre cantando está.
¡Qué trinos! ¡qué gorjeos!
¡Qué blando modular!
La renombrada Alboni,
La Grissi, la Sontag,
Junto a mi *prima donna*,
Pudieranse eclipsar.

Apenas de la aurora
La rubicunda faz
Por el oriente asoma
En nubes de coral,
Mi tierna vecinita,
En su pasión tenaz,
Mirando la luz bella,
Su voz al viento da,
Y con su alegre canto
Llama a la vecindad.

Y cuando el sol hermoso
Baja al ocaso ya
Para sumir su disco
En el lejano mar,
Mi infatigable amiga,
Cantando más y más,
Saluda y se despide
Del día que se va.

¿Y quieres saber, Cintia,
 Quién es esa beldad,
 La cándida strena,
 La maga que falaz
 Embarga mis sentidos
 Que tras ella se van;
 Que cuando canta encanta
 Y a mí me hace penar?

Es... una miría blanca
 Que tiene don Pascual
 En la ventana dicha,
 Debajo del alar!....
 ¡Preciosa cantorquilla!
 Que no puedas trinar
 Como antes en las selvas
 Donde tu amor está,
 Ni conocer el precio
 Del alma libertad!

Mas eres mi delicia,
 No tornes allá más!
 Yo aquí seré tu amante,
 Tu amigo el más leal.
 No cambio, no, por nada
 El placer que me das,
 Cánta, vecina, cánta,
 No dejes de cantar.

Si es cierto que tu dueño
 Deja la vecindad,
 Como lo dijo anoche
 En casa de Pilar,
 Húye, húye, bien mío,
 De tus prisiones sál,
 Y vuéla a mi ventana
 Sin tardanza: verás
 Cuál te acaricio y mimo
 Con miajas de pan,
 Semillas de mis flores,
 Y frutas, y... andarás ...
 Tan libre por la casa
 Cual solías andar
 Por las floridas vegas
 Picando el arrayán.

No soy adusto y fiero,
 Como ese tu Pascual,
 Que así en estrecha jaula
 Te encierra sin piedad.

Vén, vén a mi ventana,
 Vén conmigo a silbar;
 Yo sé muchas canciones
 Que repetir podrás,
 Poniendo entre mis labios
 Tu pico de coral.

—Muy bien! me dijo mi amigo cuando concluí la recitación de mis pobres versos, y me apretó la mano, como para inspirarme cada vez más confianza. Ya veo que es usted un enamorado de toda cuenta, y un filarmónico destapado. Pero la historia de esos amores está trunca. ¿En qué paró la bella cantora?

—Ah! señor, dije, es una tragedia lamentable. El buen Pascual, que era algo más tunante de lo que convenía a su inocente compañera, debió de volver muy tarde a su casa cierta noche, y, juzgando piadosamente por los antecedentes que yo tenía, vendría un si es no es calamocano; lo cierto es que mi pobre vecinita, aterida por el frío de una de aquellas noches glaciales de diciembre, amaneció emparamada en su jaula, porque el bárbaro Pascual se había olvidado de guardarla aquella tarde. Y aquí me tiene usted, nuevo Guillén, enamorado de mi vecina de enfrente, casi, casi llorando, cuando al echar menos su diana a la mañana siguiente, supe que había pasado a mejor vida, si así puedo explicarme, pues la que llevaba con su dueño no era muy agradable. A falta de un retrato de mi amiga, quise poseerla, aun después de muerta, y pedí con instancia su cadáver a Pascual, quien no tuvo dificultad en cedérmelo con la misma frialdad con que un empleado de hospital entrega un muerto a los estudiantes de anatomía para conducirlo al anfiteatro. Recogí aquellos restos queridos, que creía reanimar con el calor de mi seno, y no resolviéndome a darles sepultura, hallé mis trazas de hacer una disección, preparando y rellenando el cuerpecito de la cantarina, que quedó intacto y tal como era cuando vivía, y lo coloqué en una caja muy bonita con sus vidrieras, en actitud de gorjear. Oh! si usted viera esta caja que tengo en mi gabinete y que es su más bello adorno!

—Si usted necesita en la soledad de su viudez un reemplazo vivo y efectivo, yo le ofrezco dos de la mejor calidad, y, a manera de empresario de ópera, procu-

raré que sean soprano y contralto de la mayor fuerza que se conoce.

Acepté tan bondadoso ofrecimiento, di las gracias por él, y con esto nos despedimos cordialmente con un apretón de manos y un «hasta mañana», al cual nada había que agregar.

III

Con menos motivos que nuestro pobre Guillén —continuó mi amigo al día siguiente, anudando su relación, a quien la fortuna volvió rara vez el rostro afable, todo un Virrey Solís, rodeado de honores y comodidades, amado del pueblo, halagado con la risueña perspectiva de un porvenir brillante, yendo de paseo una tarde en su carroza se dirigió al convento de San Francisco, y, bajando de ella, solicitó del Prelado de la comunidad se le admitiese en la religión; lo que al fin obtuvo, a pesar de las muchas reflexiones que se le hicieron para que desistiese de tan inesperado intento, cuya causa determinante ha permanecido oculta hasta el día.

—En época no muy distante, añadí yo, el Capitán don Angel Ley, el tipo de los calaveras de buen tono, encontrando en sus devaneos y aventuras amorosas el amargo desengaño del mundo y de sus necias vanidades, vistió también la cogulla de la misma Orden, y cambió, en un momento de arrepentimiento, la vida agitada y tormentosa de su profesión y estado por la quietud y tranquilidad de la vida del claustro. (1)

—Qué extraño es, pues, repuso mi amigo, que un joven de carácter ardiente y apasionado, de un temple de alma nada común y poco dado al bullicio del mundo y a la vida de sociedad, llena de ficciones y de embarazosas contrariedades, buscase también, como el ave perdida en el desierto, o como la cierva perseguida por el cazador, un refugio seguro contra los males que por todas partes le acosaban, una piscina donde curar las antiguas llagas de su corazón! Aunque joven todavía, y lleno de esperanzas, según el lenguaje del mundo, tenía necesidad de buscar un retiro donde el perdón y el olvido viniesen a interponerse entre lo pasado y el por-

(1) Don. Próspero Pereira Gamba escribió esta historia, en verso.

venir, abriendo al alma regenerada la puerta de la vida contemplativa, nueva y para él desconocida región hasta entonces.

Después de un detenido y previo estudio que hizo de sí mismo; pesadas sus fuerzas morales en la balanza de la prudencia y de la previsión; descritas en el *haber* y en el *debe* del libro de su vida —cuyas cuentas era ya tiempo de balancear para siempre—, todas las partidas de vanas y pasajeras satisfacciones, de goces fugaces, de privaciones futuras, de abnegación, de contrariedades y, en fin, de placeres y sufrimientos, nuestro amigo, como ya lo dijimos ayer, se presentó resuelto y decidido al Superior del convento e imploró la gracia de ser admitido en él como novicio o simple lego.

Al llegar aquí, llegamos también mi compañero y yo al lugar acostumbrado de nuestras pláticas, y sentándonos sobre una piedra, después de tomar descanso, continuó aquél de esta manera:

—Guillén hizo presente al Superior, con no poca sorpresa de éste, su resolución irrevocable y su deseo de ser admitido en la comunidad; y se le dio a conocer, refiriéndole prolijamente todas las circunstancias relativas a su familia, educación, género de vida, aventuras y desgracias que lo habían obligado a dar este paso.

—Nada puedo resolver por mí solo, dijo el Superior: el Definitorio, a quien debe hacerse la presentación, es el que determina sobre la admisión o no admisión.

—Vuesa paternidad lo vea, replicó Guillén, y haga lo que mejor en talante le viniere; pero advierta que yo no he de salir de este lugar, sea cual fuere la resolución que se tome.

—Creo que no se opondrá dificultad alguna, pues una persona decente y religiosa no puede dejar de honrar a la comunidad, y al orden entero, tomando su hábito. Hoy mismo haré reunir el Definitorio, y apoyando tan santa petición, tendré muy pronto el gusto de dar a usted el abrazo fraternal. Y supuesto que su resolución es no volver a respirar, ni por un momento, el aire del mundo, que disipa las buenas ideas, voy a hacerle preparar por esta noche un alojamiento en el convento.

Después de haber conversado largo rato en la sala prioral, donde todo lo que veía y oía nuestro amigo no hacía sino afirmarlo más y más en su resolución, salió el Padre, dio sus órdenes, y volvió para conducirlo a una celda ocupada anteriormente por un religioso que pocos días antes había partido para las misiones de Urabá. En esta habitación, compuesta de dos cuartos no muy espaciosos, había una mesa, una silla de brazos y un estante con varios libros. Sobre la mesa se veía un cristo de marfil, obra del escultor santafereño Juan de Cabrera—el mismo que ejecutó las estatuas que están en la fachada de la Catedral—cuyo nombre se leía en letras embutidas en la peana negra del cristo. Había también recado de escribir y algunos fragmentos de papel, en parte escritos de mano del antiguo habitante de la celda, y en parte blancos.

Instalado el neófito en su celda, después de dar las buenas noches a su conductor, que dejó una luz sobre la mesa, púsose a pasear y a meditar sobre su suerte futura, hasta que, reparando en los libros, tomó uno de ellos, y sentándose, comenzó a leer. Sea que su ánimo estuviese predispuesto a recibir las impresiones de esa lectura, sea, como él lo creyó, que aquél fuese un auxilio providencial, por el cual el Cielo ponía delante de sus ojos toda la magnífica perspectiva de una vida consagrada a Dios, lo cierto es que estuvo largo tiempo con el libro en las manos, embebecido en la contemplación de esos bellos poemas en que la humildad le parecía tan grande, tan poderosa, que no osaba bajar los ojos para mirar a los hombres en la tierra tales cuales son. En ellos saboreaba esos piadosos dolores alimentados en el misterio de una celda o en las dudosas sombras de una gruta; esas terribles expiaciones que traen aparejada la satisfacción de un triunfo sobre sí mismo; esos indecibles consuelos y esa ternura celestial que los solitarios obtenían por premio de su penitencia en el fondo de un espantoso retiro.

Transportado por todas estas sensaciones, dejó súbitamente el libro sobre la mesa, y, tomando la mohosa pluma que estaba en el tintero, escribió en una de aquellas hojas de papel lo siguiente:

«En esta silenciosa y humilde estancia, un hombre, lleno todavía de juventud y de vida, se consagra a la

oración y a la meditación por un juramento solemne e inviolable.... Jura, si le es permitido, por el Cielo, por la tierra, por la memoria de... sus padres y de todas las personas a quienes ha amado, no abandonar jamás este asilo, y vivir en él todo el resto de los días que la Providencia sea servida concederle».

Al acabar de escribir la última palabra, la ya moribunda luz que relampagueaba en el candelero acabó de hundirse, como para confirmar con su voto fatídico el que acababa de hacer nuestro amigo. Todo quedó sumido en las tinieblas y el silencio; pero en aquel momento un rayo de la luna llena que entraba por una ventanilla superior, vino a herir de lleno la imagen agonizante del Crucificado, comunicando a su frente pálida un aire de tristeza singular; probablemente como en el Calvario, en medio de las tinieblas que cubrían el mundo, vino un rayo de luz celestial a iluminar la frente del Redentor, cuando entregaba su espíritu al Padre. Guillén se postró reverente ante aquella helada imagen del sufrimiento, permaneció en oración largo rato, y concluida ésta, se retiró como pudo a pasar el resto de la noche en la humilde cama que en la contigua pieza estaba.

Sería largo para mí referir, y enojoso para usted escuchar, la minuciosa relación de todo lo que ocurrió después de aquella noche. Baste decir que al día siguiente tomó Guillén el hábito y comenzó a ejercer las funciones de su ministerio, consagrándose a los estudios que de él exigía, y que más tarde habían de ser de grande utilidad al orden y a la humanidad entera.

Pero no era sólo Guillén el que había marcado aquella época notable en los anales del convento, como Solís y Ley en los del orden seráfico: al mismo tiempo que él, y con meses de diferencia, los de la Candelaria habían abierto sus puertas a un huésped más distinguido y caracterizado por su posición social. Y este suceso, que, por ser una rara coincidencia, quiero referirle a usted, se enlaza naturalmente con otros incidentes de esta verídica historia, de que ya he hecho mención.

Separado del mando de la Presidencia del Nuevo Reino don Diego del Corro, fue designado en la Corte para sucederle don Diego de Villalba y Toledo, por

influjo del Duque de Alba, su pariente cercano. Este sujeto, General de artillería y gentilhombre del Príncipe don Juan de Austria, llegó a Santafé y tomó posesión de su empleo; pero su conducta no hubo de ser muy arreglada, puesto que suscitó quejas repetidas a la Corte, motivo por el cual fue residenciado y suspendido; y él, sea por la vergüenza que esto le ocasionó, sea por arrepentimiento, o por cualquiera otra causa, resolvió retirarse al dicho convento, en donde permaneció hasta su regreso a España, pobre y octogenario. A propósito de esto, hablemos de otro personaje que, figurando en tercer término, viene a hacer juego en este cuadro, y a representar un papel que, aunque grotesco y ridículo, no deja de servir para un episodio o digresión un tanto divertidos.

El ex-Presidente había llevado consigo a un andaluz llamado Martín, que había servido a sus órdenes en La Habana y al cual había tomado un cariño entrañable por su genio alegre, chistosas ocurrencias y carácter sencillote y bonachón. Muchos años lo había acompañado y servido, y ya se deja entender que al quedar don Diego depositado en el claustro, a guisa de novia contumaz, no dejaría por puertas al buen Martín. Llevólo en efecto consigo, y allí le servía, como de costumbre; mas a poco tiempo sucedió que, bien hallado con la vida del claustro, y estimulado por los buenos ejemplos que allí veía, entró en tentación de hacerse el cerquillo y aceptar la pitanza en calidad de lego, que sus estudios y erudición no alcanzaban para más. Largo tiempo luchó también en su interior, y aun estuvo a pique de abandonar el proyecto, pues conversando un día familiarmente con un novicio que leía la Biblia, le dijo como por broma:

—Ea! hermano, vamos a ver si usted me saca de ese librote un texto que me convenga, o aunque sea un refrán.

El novicio abrió sencillamente por el libro del *Eclesiástico*, y leyó aquella sentencia que dice: «¡Ay del solo!»

—Vamos, exclamó el andaluz, eso quiere decir que yo he de ser fraile de a dos en celda, y que es mejor dejar los hábitos quietos donde están, que el hábito no hace al monje, y yo puedo ser buen casado, y servir a Dios en cualquier estado.

Algo se impresionó con esta casualidad; pero, sea que la edad lo llevaba a mal traer, sea por la influencia de las ideas de aquella época, se hizo cada día más devoto, y al fin, no esperando volver a su país, vistió el saco negro, con el consentimiento de don Diego, que se lo otorgó gustosamente, supuesto que había de continuar sirviéndole como hasta allí.

Algún tiempo después murió un religioso, y depositado por la noche el cadáver en el salón *de profundis*, los conventuales de escaleras abajo estaban obligados, según la estrecha regla y severa disciplina, a velar el cuerpo por turno hasta el día siguiente. Bien hubiera querido Martín, pusilánime como era, excusarse de tan ingrata ocupación, pero la santa obediencia por una parte, y el ejemplo de sus hermanos por otra, lo hicieron sacar fuerzas de flaqueza, y tuvo que quedarse con el muerto desde las dos hasta las cuatro de la mañana. Con los nervios crispados y todo trémulo rezó algunas oraciones no bien articuladas, y aun intentó rezar el rosario; pero el sueño, más poderoso que el miedo en esta vez, lo sorprendió en la cuarta decena, y cerrando los ojos se olvidó de lo que tenía por delante. Sueño era éste como el del infeliz que está en capilla: un sopor que se interrumpe al menor ruido. Así fue que a poco rato despertó sobresaltado oyendo cerca de sí, en el asiento donde estaba, un rumor que por el silencio que reinaba tomó proporciones enormes, e inmediatamente sintió que le tiraban de la manga. Tuvo el valor de atribuirlo a su propio miedo; pero, repetida la operación con mayor fuerza al cabo de un rato, y estando bien despierto, dio un grito y alzándose los hábitos salió desatentado hasta la portería, donde permaneció acurrucado hasta que al amanecer abrieron la puerta, por la cual se escapó, dejando los hábitos en un rincón.

No volvió a saberse del prófugo hasta el cabo de tres días en que llegó avergonzado y arrepentido. Averiguado el caso, se supo que el buen apetito que siempre le acompañaba le hacía llevar entre la ancha manga, como en una despensa portátil, algunos mendrugos de pan, queso y otras golosinas, al olor de las cuales, atraídas las ratas que en gran número habitaban en el salón, habían querido violentar al pobre lego con un descaro inaudito.

Burlándose de Martín un día el novicio de la Biblia, le dijo: *¡Ay del solo!* y el andaluz le respondió: «Más vale solo que mal acompañado; y entiéndalo, hermano, como quiera, que tanto lo digo por los muertos como por los vivos».

VI

Todavía nos relamos del episodio del andaluz Martín, que, por vía de digresión, refirió mi amigo, cuando sentimos ruido en la maleza; y al mismo tiempo pasaron, casi por entre nosotros, dos lindos conejillos que huían o retozaban, y se entraron en la vecina *Gruta del eco*, junto a la cual nos hallábamos, como de costumbre. Para dar algún respiro a mi interlocutor en su relación, le propuse que siguiésemos la pista a estos nuevos huéspedes, para ver si tenían su madriguera en la cueva, y más bien por satisfacer una curiosidad pueril que por hacer daño alguno a los inofensivos animalitos. Hicimoslo así, y levantándonos, entramos en la gruta que ya queda descrita; registrámosla con cuidado, sin hallar nada que nos indicase que aquella era la guarida de los aparecidos conejos; pero, en vez de lo que buscábamos, dimos con una cosa de mayor estimación, por lo inesperado del hallazgo. Husmeaba yo todos los huecos formados naturalmente en la roca, a manera de un niño que busca nidos de golondrinas, y metiendo la mano en uno de ellos, que estaba a la altura de mi cara, toqué un papel doblado, y lo saqué inmediatamente. Desdoblélo, y acercándome a la entrada de la gruta, donde la luz era más fuerte, vi que había alguna cosa escrita. Comunicuélo a mi compañero, lleno de sorpresa, y habiendo salido los dos a la claridad del día, nos pusimos a descifrar aquellos renglones trazados con lápiz, que decían en buena letra: «Al señor M.... R... Chiquinquirá». No poco trabajo nos dio esta operación, pues el tiempo y la humedad habían casi borrado las pálidas letras, escritas, según se conocía, muy a la ligera, y tal vez sobre alguna escabrosa piedra. Una vez traducido, si puede decirse, aquel escrito autógrafo e inédito, nos convencimos de que algún viajero, que en un tiempo no muy distante había visitado también la *gruta del eco*, había tenido la humorada de escribir unos versos que dejasen memoria de su visita; y que no pudiendo hacerlo en las pa-

redes de la roca por su desigualdad, a estilo de los que se ven en las ventas, prisiones y casas de posada, había recurrido al medio que queda indicado. Los versos, dirigidos al eco, se titulaban «El eco del desierto», y decían así:

Eco triste y solitario
Que entre las rocas te escondes,
Y a mi voz siempre respondes,
¿Qué haces mientras te llamo?

—*Amo!*

En este sitio apartado,
Sobre esta piedra musgosa,
Sonó la voz de una hermosa
Que adoro con frenesí.

—*Sí! ...*

Si! tus senos desiguales
Repitieron sus acentos;
Mas al darlos a los vientos
¿Cuál fue su dulce clamor?

—*Amor!*

Amor?

—*Amor!*

—*Cierto!*

Cierto!

—¿Y no dijo suspirando
A quién con afecto blando
Su corazón destinó?

—*Nó!*

—¿De su dicha quién ha sido
Testigo, o de sus pesares?
¿Quién recogió sus cantares
O quién sus quejas oyó?

—*Yo!*

¿Cuál es entre las zagalas
Que vienen a esta espesura
La de mayor hermosura,
La más donosa y más bella?

—*Ella!*

Pues que todo lo repites,
Y eres tan poco discreto,
Revélame ese secreto;
¿Será mi amor infeliz?

—*Feliz!*

Ah! yo la amo, y de mi amor
Te pongo a ti por testigo,
Oráculo fiel y amigo,
Díselo, díselo así!....

—*Sí!*

Ni la fecha ni el nombre del que escribió eran legibles, pues estaban, como ya se ha dicho, borradas varias palabras por la humedad.

— Para ser éste un asunto tan manoseado, y de tan mal gusto como los acrósticos, las glosas y los ovillejos, no está esto tan de lo peor.

— Aunque los versos no sean muy buenos, dije yo, es lástima que el que aquí los dejó escritos no hubiese tomado alguna precaución para salvarlos de la acción destructora del tiempo, pues al fin no puede negarse que son originales, aunque de algún amator vulgar que nada veía más allá de su querida, y a quien nada inspiraban las escenas de la naturaleza campestre. Yo le hubiera aconsejado que hiciese lo que en cierta ocasión varios calaveras que bajaron al pie de la cascada de Tequendama, y fue poner sobre una gran piedra, de las muchas que hay allí, una botella corchada, dentro de la cual colocaron una especie de acta de la atrevida excursión, con la fecha y los nombres de los que habían ido, ni más ni menos que como se hace en la colocación de la primera piedra de un edificio.

— Y qué! dijo mi amigo, ¿no se contentaban ellos con admirar la estupenda maravilla a la altura del descenso de las aguas? ¿Y hay quien se atreva a bajar al pie de la cascada?

— No son los únicos, repliqué, que lo han hecho. Había entre ellos varios extranjeros, empresarios de aventuras, de aquellos que se desviven por romperse las narices, y que no tienen inconveniente en despeñarse por coger una *orquídea* o atrapar una mariposa, a riesgo de quedar tan *airosos* como aquel enano que pinta Víctor Hugo. ¡Cuánto se habría reído usted al verlos, como los vi yo, bajar como arañas, prendidos de un hilo frágil y delgado! Toda mi vida me acordaré de esa escena espantosamente horrible, que más de una vez ha sido el asunto de mis sueños y el argumento de mis pesadillas. Cuando descendían por aquel inmenso abismo, sostenidos por cuerdas, no admiraba yo al héroe de Cervantes, cuyo valor a toda prueba le

hizo acometer la empresa de bajar a la cueva de Montesinos, sino de la audacia de nuestro compatriota el presbítero Cuervo, que de un modo semejante descendió al *Hoyo del Aire*, en la provincia de Vélez, relación interesante que habrá visto usted en un folleto publicado por él mismo.

Me estremecí cuando los vi en la orilla de la sima, próxima a tragarlos, y que, como la enorme boca de un boa constrictor, arrojando espuma y envolviéndolos en su denso aliento, rugía al mismo tiempo como un león amenazante. El pavor que se apoderó de los compañeros de Telémaco cuando se acercaban ya al temido Aqueronte, y que los hizo volver la espalda y abandonar a su amigo en la estacada, luchando solo contra el infierno, dejó de ser para mí en aquel instante una fábula.

Pero si en trance tan terrible no estuviese el viajero torturado por la idea de tener que hacer un segundo viaje aéreo para salir a la mansión de los vivos, todo se podría soportar a la vista de aquel espectáculo magnífico, imponente, aterrador!.... Aterrador, sí, porque tal debe ser la impresión que causa ver desplomarse sobre uno, a la altura de cerca de 200 varas, una enorme masa de agua que, antes de llegar al fondo se resuelve en una lluvia copiosa, y cuya caída no permite acercarse al pie de la catarata en un radio de 30 varas, a lo menos, sin tomar un baño de cuerpo de los que llaman *rusos*.

—Ha hablado usted de la altura del Tequendama, in terrumpió mi amigo, dándole cerca de 200 varas; y ya que tocamos este asunto desearía yo saber a punto fijo cuál es la medida exacta, pues, según entiendo, andan discordes las diferentes personas que la han verificado. Es cosa extraña que esta cuestión no se haya aún resuelto de un modo seguro.

—Yo de esto no sé, replíqueme, sino lo que saben todos los que han leído a Humboldt, a Caldas, Boussingault, Acosta, etc., aunque sí debo decir que he tenido cuidado de fijarme mucho en las cifras, conservando en la memoria las varias medidas tomadas por estos señores.

El primero que midió la altura del Salto fue Mutis, y sus observaciones se hallaban en los manuscritos depositados en el Observatorio Astronómico de Bogotá. Este sabio naturalista le daba 255 varas de altura total.

El segundo de que yo tenga noticia fue don Domingo Esquiaqui, ingeniero Comandante de artillería, que por los años de 1790 se ocupó en esto por orden del Virrey Ezpeleta. Empleando el método sencillo y seguro de la sondalesa, halló la altura perpendicular de 264,5 varas. (*)

El Barón de Humboldt, en 1801 midió también la cascada usando del método, no muy exacto, del descenso de los graves, y le dio 212 varas. En otros manuscritos que dejó en Bogotá le asigna 220.

Caldas, que hizo la operación repetidas veces, halló que tenía 219.

Y últimamente el General Joaquín Acosta, en compañía del Ministro francés, Barón Gros, verificaron la medida con sumo cuidado en 1840, y por medio de la sondalesa hallaron 195 varas. El mismo Acosta había hecho anteriormente, como él mismo lo dice, y usando del descenso de los graves, varias medidas, hallando también 219 varas.

La medida *Acosta-Gros* parece dar muchas garantías, pero yo, lego como soy, temo que no sea tan exacta como sería de desearse, pues ellos hubieron de valerse de un rústico ignorante, que ningún interés tenía en esto, para que bajase al pie de la catarata y se asegurase de que la plomada había llegado al fondo.

Así, pues, para no comprometerse en una cuestión tan profunda y adoptando el sistema del término medio, que es la mejor sondalesa que se conoce, y el partido más grave, yo me adhiero al *poco más o menos* y digo, 200 varas.

—Ciertamente es lo mejor, agregó mi amigo, pues ese *cerca* quiere decir 10 o 20 varas más o menos, cifra que nada significa en presencia de aquel abismo.

En todo esto, como digo, continué yo, me refiero a los sujetos que he nombrado y a sus escritos. Pero nos hemos desviado más de 200 varas del asunto que traemos entre manos. ¿Cuándo veremos el fin de esta donosa aventura, y daremos remate a la relación tantas veces interrumpida, a manera de los cuentos de las *Mil y una noches*?

(*) Estas observaciones se publicaron en el *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, número 88.

—Hoy mismo, con la ayuda de Dios, o mañana a más tardar, veremos el desenlace, que en verdad ya puede colegirse fácilmente; y vuelvo a tomar la palabra para continuar. Así lo hizo diciendo:

—Muy poco se conoce el hombre a sí mismo, y nada le aprovechan las lecciones de la experiencia, que le enseña casi siempre con el látigo del desengaño. Esperanzas burladas, proyectos desvanecidos, planes concertados, propósitos destruidos: esa es la vida humana, esa la historia de las guerras eternas entre la impotencia del hombre y su orgullo. Una doble resolución había formado en su interior nuestro Guillén, al abrazar la vida monacal, con ánimo decidido de cumplirla: era la una no recibir las órdenes sacerdotales, o por lo menos rehusarlas hasta donde le fuera posible, por creerse indigno de ejercer tan alto y delicado ministerio. El carácter del joven era naturalmente humilde y modesto, y en esta resolución no había ni hipocresía ni debilidad. Era la segunda no abandonar jamás el convento que lo había adoptado como a hijo y recibídole en su seno como a un huérfano, y vivir y morir en la soledad de su retiro. Pero ni una ni otra cosa vio cumplida nuestro amigo, a quien la Providencia reservaba para más altos destinos, como lo veremos luégo.

Nada notable ocurrió a Guillén durante el primer año de su nueva residencia; pero sí es digna de referirse la mortificación que experimentaba cada vez que tenía que entrar a coro, y la penitencia que hacía venciendo esa propensión natural a volver la vista hacia la antigua casa de Vásquez, siempre que pasaba por delante de la celosía, donde con tanta frecuencia se había apostado en otro tiempo para ver a Inés, y en donde ella lo buscaba con amorosos ojos, como el colorín que otea su nido por entre el espeso ramaje de los árboles. Este era el motivo por qué al subir la escalera y atravesar el antecoro se calaba la capilla cubriéndose enteramente el rostro, como ya había tenido ocasión de observarlo la comunidad, y al salir del oficio, tomaba el agua bendita que estaba cerca de la puerta y se santiguaba reverente.

Transcurrido algún tiempo, recibió orden de trasladarse con otros religiosos a esta recoleta del Desierto, y aquí tuvo ocasión de entregarse a su sabor a la vida ascética y contemplativa, para lo cual le brindaba an-

cho campo la tranquilidad de este retiro, las bellas perspectivas que tenía delante, el murmurio apacible de las aguas, y en fin, todos los encantos de un paisaje deleitoso, de un clima suave y de un silencio solemne, de que no necesito hablar a usted, pues que los está palpando en este momento.

De nuestros antiguos conventos y comunidades pudiera decirse lo que el ilustre jesuita Ravignan decía de su amada Compañía: «Lo que conmueve desde la entrada es la paz profunda que reina en la religiosa habitación; el aspecto de esas paredes silenciosas; el continente recogido de los que la habitan; el ruido de los pasos que resuenan como en el desierto; el orden y pobreza que se encuentran por dondequiera; la benévola acogida y las atentas expresiones del buen hermano que introduce; la dulce gravedad del padre que recibe; no sé qué aire suave y puro que se respira; una presencia de Dios más íntima y más familiar: todo en esta mansión, cuando por la primera vez se acerca a ella el forastero que viene de lejos, combatido por las tempestades, todo hace experimentar allí una impresión de Dios. Un principio desconocido, un espíritu benéfico alivia las penas, repara las fuerzas y comunica anticipada fruición de una nueva y feliz existencia. En fin, uno no tiene al rededor de sí más que corazones abiertos y compasivos, frentes serenas; la palabra, que rara vez interrumpe un largo silencio, siempre es sencilla y fraternal, las relaciones libres, alegres y fáciles».

Dije antes que la Providencia le tenía reservado para más altos destinos, y así fue en efecto.

El celo apostólico de aquellos tiempos, que servía de poderoso auxiliar a la causa de la civilización del mundo, había puesto a cargo de las órdenes religiosas las misiones del Nuevo Reino. Estas cruzadas, verdaderamente humanitarias y filantrópicas, adonde ocurrían por su mayor parte religiosos beneméritos, ilustrados y llenos de un santo ardor y celo por la propagación de la fe, habían hecho conquistas de que hoy no se gloria la República, y que desgraciadamente se han dejado perder. Contábanse entre los campeones del Evangelio los padres franciscanos de Popayán, a quienes se había encomendado la catequización de las tribus de los andaquíes; los agustinos descalzos, o candelarios, de Santafé, los cuales tenían a su cargo, con el más bri-

llante éxito, las misiones del Meta; los franciscanos de la misma ciudad administraban satisfactoriamente las de San Juan; los dominicanos servían con empeño parte de las de Casanare; y, finalmente, los religiosos de Panamá reducían las de Veraguas.

En esta nueva soledad había tenido ocasión nuestro amigo de leer las relaciones de los misioneros; relaciones llenas de interés, de sinceridad, de verdad y de unción, y conversaba frecuentemente con los religiosos ancianos que aquí había, sobre un tema inagotable, y para él lleno de atractivos. Este alimento frecuente de su espíritu, que tanto halagaba sus inclinaciones y sus instintos caballerosos, y tan en armonía con su alma grande y carácter generoso y blando, hizo nacer en él no muy tarde un vivo deseo de ser del número de esos apóstoles de la civilización y de la fe; y en el punto y hora en que tal deseo le vino, también cayó por tierra su propósito de no aspirar al sacerdocio, y antes sintió que lo deseaba con ardor. ¡Qué carrera tan brillante se abría para él en aquellos vastos desiertos habitados sólo por las fieras y por las tribus salvajes! ¡Y qué glorioso título el de conquistador de esos seres desgraciados por medio de la palabra y la dulce insinuación!

Apresuróse a adquirir los conocimientos que aún le faltaban, y sacando del arsenal de las bibliotecas las armas que necesitaba, en breve se halló con fuerza para presentarse en campaña en busca de una gloria positiva y sólida.... tal vez de una coronal.... Tomó tanto vuelo su espíritu con esta esperanza, y la llama de la caridad se alzó tanto en su pecho, que hubiera estallado sin duda, si no hubiese visto más próxima de lo que él esperaba la realización de sus deseos.

En aquel mismo año recibió las órdenes que tanto había temido y esquivado, y en el siguiente fue designado para marchar al Meta en compañía de otros dos religiosos. Preparóse debidamente para este viaje dilatado y penoso; arregló y acondicionó todas aquellas cosas de que se le había provisto y que se creían necesarias, no para las personas de los misioneros, que sólo habían menester confianza en sus propias fuerzas, sino para el mejor éxito del grandioso objeto de que estaban encargados.

En cuanto a sí mismos, ninguna disposición tenían que tomar los misioneros: pobres como eran de los bie-

nes que el mundo da, sin más equipaje que un humilde sayal, un par de sandalias de badana blanca y algunos libros, cualquier día y a cualquiera hora estaban prontos para marchar al fin del mundo, si era preciso. El Padre Félix, que tal fue el nombre que tomó nuestro amigo al abandonar el mundo para siempre, partió también lleno de júbilo.

—Una curiosidad vehemente tengo, interrumpí: ¿ese retrato de Guillén cómo vino a dar al Desierto?

—Como los religiosos de Bogotá alternaban para prestar aquí el servicio, y en ocasiones se enviaban de allá varios objetos para este convento, como libros, pinturas, vasos sagrados, etc., tal vez vino ese lienzo entre varias otras cosas, sobre todo cuando, muerto ya el prior que lo tenía, hubo de ocupar su celda otro que no creyó necesario conservar allí esa pintura.

La campana del Desierto nos anunció que era llegada la hora de retirarnos. Ya nos lo decían también las nubes parduscas con perfiles de oro que se juntaban al Occidente como para ver ocultarse el sol y cubrirlo con su manto, y las ráfagas alternadas de rosa y azul que, como colas de inmensos cometas, subían del poniente al zenit en forma de rayos de una estrella.

V

Largo y enfadoso por demás sería el viaje que hubiéramos de hacer si intentásemos seguir a nuestros misioneros hasta las vastas soledades del Meta. Así continuaba mi amigo su relación, y añadía: si usted desea más pormenores sobre un viaje de esta naturaleza, puede consultar la relación del que hizo en 1782 el Capitán don Antonio de la Torre por orden del Arzobispo Góngora, la cual se halla original en el archivo de la Secretaría de Gobierno, en Bogotá.

Después de no pocas penalidades, tropiezos y peligros, llegaron los nuevos misioneros al naciente pueblo de Macuco, primer punto de escala de las misiones, y lindante con el territorio en que ejercía su apostolado la Compañía de Jesús. No se cansaban de admirar aquellos inmensos y silenciosos desiertos, cuya existencia ignoraba el mundo civilizado, pero que algún día serán, a no dudarlo, el foco de una nueva civilización,

y el emporio de riquezas casi fabulosas. De estas soledades, decía el Padre Félix, habrán de surgir con el transcurso de los siglos tantas naciones independientes como tribus errantes y salvajes las habitan hoy.

La que se decía poseedora de aquella comarca era la llamada de los sálivas, no tan feroz e indómita como las de los goajivos, yarures, tunebos, huevo-pintado y otras más retiradas hacia el Oriente, pero suspicaz y valerosa. Merced al interés y buen manejo del empleado civil don Joaquín Fernández, que allí gobernaba, y al celo de un misionero agustino, los indios se iban civilizando, y aun tenían ya labranzas (*cucunucos*) con plantaciones de cacao, caña y algodón.

Los nuevos religiosos comenzaron a ejercer su ministerio alternando entre Macuco, Guanapalo, Ibaiva y otros puntos de las márgenes del Meta, del Cravo y otros de sus afluentes, donde había mayores recursos, y entre tanto se iban instruyendo en los varios dialectos de las tribus, en que ya eran versados los españoles eclesiásticos y civiles que allí residían. Pero el cuartel general, si así puede decirse, de aquellas misiones, era la hacienda de *Tocaria*, que se extendía por gran parte de la margen occidental del río del mismo nombre, confluyente con el Cravo: posesión bien provista de ganados y bestias, y vestida de abundantes sementeras.

Durante el primer año y parte del segundo fueron en extremo fructuosos los trabajos de los nuevos misioneros, que, auxiliados por los conocimientos prácticos de los pocos que en aquellas tierras existían esparcidos en diferentes puntos, lograron reducir gran número de indios de las tribus occidentales, más dóciles y mansas que las que se internaban en las soledades del Oriente. En menos de veinte meses tuvieron la gloria de ver coronados sus infatigables esfuerzos con la fundación de varios pueblos en las márgenes del Meta, del Cravo y del Ele, algunos de los cuales prosperaron y se mantuvieron en buen pie hasta casi mediados del siglo XVIII, corriendo mejor suerte que los que en tierras de los indómitos tunebos habían fundado más antes los Padres capuchinos, y de los cuales no quedaban en aquel tiempo sino leves vestigios que habían escapado a la saña y depredación de los naturales.

Pero el celo de nuestro amigo y su santa ambición no se limitaban a tan fáciles conquistas: su osadía lo llevó a arrostrar mayores peligros. Dando aviso a los habitantes de la hacienda de *Tocaria*, y tomando consigo algunos de los nuevos colonos con bastantes provisiones, partió a fines del segundo año con ánimo de internarse hasta el corazón de los desiertos donde habitaba la numerosa tribu ya mencionada, que en vano habían intentado reducir las varias expediciones enviadas con este objeto. Tres días caminó sin ver nada que digno de notarse fuera, y hallándose a distancia de diez o doce leguas de la casa de las misiones, encontró, a la entrada de un gran bosque, un sitio pintoresco donde resolvió hacer alto y establecer una escala intermedia. Su primera diligencia fue fabricar con estacas una rústica capilla y algunas enramadas o ranchos adonde ir atrayendo y dando instrucción a aquellos de los indígenas que lograrse reducir.

En menos de un mes concluyó sus trabajos, y despidiendo a sus peones, con encargo de que le enviasen más tarde provisiones y herramientas, dejó sólo consigo a un mozo indígena, inteligente y fiel, que pudiera auxiliarle en sus tareas.

Allí sentó sus reales y se preparó para su gloriosa empresa, bendiciendo la mano de Dios que así lo ponía en camino de acometerla felizmente.

Aquel sitio encantado, que demoraba a orillas de un riachuelo tributario del Cravo, se había llamado en época muy anterior la *Sabaneta*, por ser un espacio de hasta cien varas de diámetro cerrado por bosquecillos de tamarindos, dátiles, piñas y naranjos silvestres; pero el padre con su poética imaginación quiso darle el nombre bíblico y significativo de *Terebinto*, porque decía que un pequeñuelo, débil como él, pretendía en ese valle acometer y vencer a Goliath y a los filisteos, con sólo el auxilio divino.

Varios encuentros había hecho ya con algunos indios tunebos que, saliendo de sus inciertas rancherías, vagaban por las orillas del río, y aunque apenas conocía imperfectamente su áspero dialecto, por señas y demostraciones, más que por palabras, había logrado, exponiéndose a no pocos peligros, conferenciar con ellos sobre la necesidad de adorar un solo Dios y de vivir como hermanos, reunidos en sociedad. Después de al-

gún tiempo supo que la repugnancia y obstinación que con ademanes le manifestaban cuando él quería persuadirlos a que viniesen a cultivar la tierra, y a vivir con él, mostrándoles herramientas y otras cosas, provenía de una antigua tradición que entre ellos había; y era que un *mapure* o jefe de la tribu, anciano respetable y sabio, había maldecido aquella tierra, y que nada produciría para ellos. Y no era parte a destruir esta preocupación el ver los abundantes frutos que pródiga y espontáneamente producían las feraces comarcas vecinas en manos de los blancos, y de los mismos indios ya medio reducidos.

Era más frecuente hallar mujeres que hombres de estos indígenas.

Se ha observado que en varias tribus las mujeres sirven de espías, sin duda por la creencia instintiva de que la debilidad de su sexo y sus naturales atractivos las hacen respetar más que a los hombres, y porque suelen ser más astutas que éstos: debilidad que no impide que en ocasiones asuman una actitud varonil, cuando es preciso defender sus hogares, como sucedió frecuentemente en la guerra de la Conquista, en la cual se vieron heroínas que ejecutaron actos de denodado valor, al par de los más valientes guerreros, peleando en las filas de éstos con hondas y flechas, y aun lidiando cuerpo a cuerpo con los españoles, armadas de pesadas macanas.

Entre las que el Padre Félix había visto varias veces en sus excursiones, tenía presente una joven como de veinte años, viva, inteligente y graciosa, en cuyas facciones regulares se notaba un aire de dignidad y de distinción poco comunes, y que decía mal con sus hábitos y apariencias semisalvajes. No podía él concebir cómo en medio de aquella uniformidad invariable de rasgos característicos, de miradas estúpidas, de movimientos y de facciones tan extrañas, podía hallarse una excepción tan notable, una mujer que parecía participar de los caracteres de la raza blanca, pues su hermoso cabello largo y suave, labios delgados, nariz regular y ojos dulces diferían mucho de los de la raza indígena.

Un día que nuestro misionero reposaba sentado al pie de una palma, puesto el báculo a un lado, y con un libro en las manos, vino a sacarlo de su distracción el ruido de pisadas en la hojarasca y la sombra de una

persona que se detenía enfrente de él. Alzó los ojos y reconoció a la interesante joven que más de una vez había visto de paso internarse como una gacela en la espesura del bosque, sin poder darle caza. Estaba en pie, con los brazos cruzados, contemplando fijamente y con gesto severo la insólita figura del misionero, que tan extraña le parecía en aquellos lugares. Hizo éste un movimiento para ponerse en pie, y la joven, con una evolución eléctrica, semejante a la que hace la perdiz cuando siente preparar la escopeta del cazador, dio unos pasos hacia atrás y se puso en guardia, temiendo sin duda un ataque. Apoyada con toda la gallardía de un guerrero en un arco flexible, tan alto como ella, habría podido servir de modelo para la estatua de Diana. El Padre Félix involuntariamente se arrojó de rodillas, y levantando los ojos y manos al cielo, hizo una breve y fervorosa oración implorando su auxilio, y en seguida extendió los brazos hacia la mágica visión en señal de paz. Repuesta y desarmada con el ademán suplicante del desconocido, se acercó a él y alargando garbosamente la mano le ayudó a levantarse del suelo; luego, cruzando ambos brazos sobre el pecho, pronunció precipitadamente algunas palabras ininteligibles.

Aquí dieron principio las relaciones fraternales de dos seres que, aunque no comprendían sus lenguajes articulados, muy pronto se pusieron de acuerdo y se comprendieron sus almas para la obra grande de la regeneración de uno de ellos.

En esta primera entrevista comprendió el misionero que la joven se llamaba Shelma o Zelma (1). Después logró entender que era hija única, y que su padre había muerto hacía largo tiempo. Su primer cuidado fue conducirla a la habitación, que distaba muy poco de allí, y ofrecerle una túnica blanca de algodón para que acabase de cubrirse, a lo menos mientras estaba en su presencia. La viveza y talento natural de Shelma la hicieron comprender cuán justa y natural era aquella exigencia, y desde el primer día adoptó su nuevo vestido para presentarse delante del Padre. Esta túnica sin mangas

(1) Con la doble articulación *sh*, o con la *z* representaban los españoles cierto sonido silbado, muy común en los dialectos americanos; por eso escribían *Zipa*, *Zipaquirá*, *Zaque*, etc.

le bajaba desde el pecho hasta la rodilla, y, ceñida por un cordón en la cintura, le daba cierto aire elegante.

Excusado es decir que una joven como Shelma, lejos de rechazar la amistad e insinuaciones del Padre Félix, tendría placer en departir con él, en escuchar sus dulces palabras y seguir sus paternales consejos, cuando estuviera en estado de comprenderlos. En efecto, el cariño y estimación que la india concibió por él fue creciendo con el tiempo, hasta el punto de verle casi diariamente. Este cariño, inocente y tierno, no sólo no podía serle perjudicial, sino que era el garante seguro de una próxima catequización y conversión, único anhelo del misionero.

Era de verse la humilde barraca donde habitaba nuestro amigo, convertida en un museo de curiosidades, que él mismo recogía, o que Shelma le traía como presentes de amistad. Aquí eran varias aves de bellísimos y diversos colores y formas, unas vivas y otras muertas; allí eran sartas de semillas aromáticas y frutos de diferentes palmas que embalsamaban la cabaña; más allá, colgados de una estaca, varios instrumentos y utensilios toscos de barro, piedra o madera, de los que usaban los indios; por acá, tendidas en el suelo, algunas pieles de animales monteses, muertos por las flechas y macanas de los errantes cazadores. Un día traía Shelma diversas frutas silvestres; otro una red llena de fresco pescado; al siguiente venía en busca de su amigo con un puñado de nueces, o de gordas y jugosas piñuelas, o un enorme racimo de *marabaes* (mararayes). Extraño contrastel aquella choza tan pobre, al parecer, trasladada a cualquier país civilizado, habría sido un pequeño tesoro por los objetos raros que contenía.

A fuerza de hablar con Shelma y de leer una especie de gramática informe, o más bien vocabulario manuscrito, que había hecho el Padre Luis de Favián, antiguo misionero, nuestro Guillén hacía progresos visibles en el idioma bárbaro de aquella tribu; y ya entendía y se hacía entender bastante, no sólo de su hija, que así la llamaba, sino de otros individuos de ambos sexos que Shelma había traído consigo, persuadiéndolos de la bondad de su nuevo padre, y mostrándoles las cuentas de vidrio, espejillos, cintas y medallas de cobre que la regalaba.

Un día vino, como de costumbre, aunque más temprano que de ordinario, y con cierto aire de alarma e inquietud que causó no poca en el ánimo del misionero. Interrogóle éste con interés cuál fuese el motivo de su desazón, y ella le dijo, mitad en su dialecto y mitad en castellano, que tenía fundados temores de alguna desgracia; que la tribu entera estaba en movimiento y que ciertas cosas que había oído la hacían entrar en sospechas de una violencia, no sólo contra él y contra los que concurrían a oír sus instrucciones, sino también contra todos los misioneros y blancos, extendiendo probablemente sus planes hasta la hacienda de *Tocaria*, contra cuyos habitantes se había excitado más de una vez su encono, y de quienes no les faltaban graves motivos de queja.

—Bien, hija mía, le dijo el jovenmisionero: que se haga la voluntad de Dios! Nuestra suerte está en sus manos, y si El ha determinado suspender la obra que por mi indigna mano está ejecutando, aguardaré aquí tranquilo el cumplimiento de sus adorables decretos.

—Sí! pero yo moriré también.... y entonces.... mi madre.... mi pobrecita madre.... ¿qué será de ella?

—¡Tu madre! dijo Guillén con sorpresa; ¡dónde está tu madre! Me has hablado de ella alguna vez, pero no me la has traído. ¿Dónde está? Que venga! quiero verla, instruirla. Muy pronto, como lo espero, recibirás tú las sagradas aguas del bautismo, y entonces tu madre, que te dio el sér natural, debe asistir a tu regeneración y ser testigo feliz de tu incorporación en la familia cristiana. Pluguiese al Cielo que ella también quisiese seguir tu ejemplo!

—Padre mío, exclamó Shelma, Padre mío.... y no acertó a continuar: cuajados los ojos de lágrimas, sólo pudo en su dolor tomar con sus manos las del Padre Félix y estrecharlas contra su pecho. Sensibilidad extraña en aquellos duros salvajes, que tal vez no conocían las dulzuras del llanto; y nueva circunstancia que revelaba al Padre un origen más noble en aquella tierra doncella.

Tras un prolongado sollozo, Shelma continuó conmovida y casi por señas; mi madre no puede venir.

—¿Por qué?

—No puede andar.... y ella también morirá.... la matarán.

— Pues, bien! ¡la traeremos aquí!

— Sí, sí, Dios te premiará, dijo señalando al cielo. Eres sabio, y has conocido mi pensamiento y mi deseo. Vamos, Padre, vamos ahora mismo; está a medio sol de aquí....

— Sí, sí, hija mía, vamos! ¡En este momento!

Antes de concluir este diálogo medio mímico, en que el Padre Félix entendió perfectamente a Shelma, y se hizo entender de ella, ya había tomado su bordón de macana, y su libro, y con el crucifijo pendiente del pecho, partió apresurado, guiándolo Shelma.

Al llegar a cierto punto se detuvo ésta y mostró dos sendas: la una llevaba por tierra y era más dilatada; la otra, que conducía a un afluente del Cravo, y sus aguas llevaban en breve tiempo al sitio indicado. No vaciló el Padre en elegir la última, y marchando de prisa, en profundo silencio, antes de media hora llegaron a la orilla del río, que en aquel paraje se explaya y aumenta sus corrientes con las de otros ríos menores. Una mala canoa, o *curiara*, de las que fabrican aquellos indios los aguardaba atracada al pie de una barranca, y un indio robusto y bien formado, que debía ser el conductor, preparado por la previsiva Shelma para salvar al Padre en todo caso, si le era posible, se entretenía en pescar. Apenas vio éste a los viajeros se acercó, y poniendo las manos en la frente saludó al Padre, a quien reconoció inmediatamente, pues ya había estado varias veces con Shelma en el valle de Terebinto. El Padre hizo una corta oración, bendijo la canoa, y santiguándose él mismo, entró con los indios en ella y siguieron los tres aguas abajo.

Si las soledades de los bosques son grandiosas y magníficas porque en ellas se ve el hombre aislado, mano a mano con la naturaleza, admirando su propia pequeñez física y reconociendo su impotencia, la soledad del mar o de un ancho río que lleva sus ondas en pausado silencio, circuido de blancas playas, o de tupidas selvas, lo hace entrar dentro de sí mismo, y mirarse como un átomo imperceptible, pero lleno de soberbia. Allí, a proporción que el hombre se compara con los objetos que lo rodean, se anonada, se humilla, desaparece en él la materia y la forma corporal, y no queda sino la inteligencia, es decir, la vida por excelencia, la vida imperecedera, la llama que todo lo alum-

bra, que todo lo anima y vivifica; no queda, en fin, sino la conciencia de la propia existencia moral, el pensamiento. La presencia del Sér primero es allí palpable, indubitable; se siente por dondequiera la mano que crea, la mano que conserva y que destruye para reproducir.

Estas reflexiones hacía el Padre Félix cuando surcaba tranquilamente las aguas, del lado derecho del río, y, abstraído enteramente en ellas, ni aun imaginaba que algún peligro pudiera amenazarle de cerca. A ratos divertía la vista en la variada y caprichosa perspectiva que, como movable panorama, pasaba por delante de sus ojos en sentido contrario al curso de la mansa corriente; otras veces rezaba en su breviario, mientras que el conductor y Shelma bogaban sin descanso para acelerar el paso de su *curiara*.

Al llegar a un promontorio algún tanto elevado y que remataba en una ancha playa, el indio detuvo la embarcación para enseñar a sus compañeros aquel lugar, e hizo que Shelma dijese al Padre, como en efecto se lo explicó, que en ese punto había muerto un antiguo misionero. No pudo saber el Padre Félix la causa ni la naturaleza de su muerte: ¿había perecido a manos de los salvajes como tantos otros mártires gloriosos, o bien había sucumbido a alguna fiebre violenta o a algún otro accidente, expirando, como Javier, en una playa desierta, sin más cabecera que una piedra, ni más testigos que su cruz y su libro? Esto no pudo averiguarse, pues sólo era una vaga tradición.

El Padre hace atracar la canoa, salta a tierra, dobla la rodilla y eleva al cielo una oración fervorosa, que termina por dos lágrimas. Shelma y su compañero hacen lo mismo.

«Señor, dice el misionero, bendita sea tu santa voluntad! Dáme a conocer el lugar donde este apóstol de la fe te entregó su espíritu; yo levantaré estas piedras que están aquí, y erigiré un monumento a su memoria, no por vanidad mundana, sino en acción de gracias porque quisiste concederle la corona del martirio». Y diciendo esto, comenzó a levantar, ayudado de sus amigos, algunas piedras para formar con ellas una rústica pirámide.

Pero ¡oh sorpresa!, ¡oh dicha! El Señor había oído la súplica ferviente de Félix..... Al levantar una de

las piedras alcanza a divisar alguna cosa que brilla, aunque cubierta de tierra y de orín; es una pequeña cruz de cobre, como de tres pulgadas de largo, casi destruída por la humedad y el tiempo.... El viajero cae de rodillas, besa la tierra y bendice al Señor, que así quiere manifestar con él su bondad.

Era probablemente la cruz del rosario del mártir que había resistido a la acción roedora del tiempo, y a la rapacidad de sus asesinos, si su muerte había sido violenta.

Semejante era este gozo al de la Emperatriz Elena cuando descubrió en Jerusalén el sagrado leño en que expiró el Redentor, y cuya figura tomó su padre Constantino por enseña del victorioso lábaro. Grande fue el que experimentó nuestro amigo al hallar aquella humilde cruz de bajo metal enterrada en un lugar donde ningún mortal hubiera podido hallarla. Ni era para él de menos valía este tesoro que la cruz de oro y piedras preciosas que el mismo Constantino mandó fabricar antes de dar la batalla de Majencio.

Terminada la piadosa tarea, y concluído el tosco monumento de piedras erigido a la memoria del mártir anónimo, el misionero limpió cuidadosamente la cruz, la colocó en el pecho de Shelma, y los viajeros se embarcaron de nuevo, siguiendo su rumbo por más de una legua sin contratiempo alguno. Una brisa fresca y suave templaba los ardores del sol, y secaba en la frente de los navegantes la traspiración abundante que había producido en ellos la fatiga anterior.

El terreno de una y otra margen del río comenzaba a elevarse poco a poco, y la selva se hacía cada vez más espesa. Pronto se dejó oír un sordo y constante rumor, aumentado por el ruido que hacía el viento, y que crecía por momentos: era que la corriente se estrechaba más abajo y, formando un raudal, las ondas se empujaban unas a otras y se apresuraban a pasar por entre dos altas barrancas, como si quisiesen salir presto de aquella estrechura. En los grandes ríos que atraviesan las inmensas llanuras de nuestra región oriental no hay los raudales que tan comunes son en otros, como el Magdalena o el Dagua; pero en sus tributarios, principalmente en los puntos en que los contrafuertes de la gran Cordillera Oriental se avanzan más, participan un tanto del prolongado declive de sus

faldas y suelen formar chorros o raudales, aunque no muy considerables. Shelma y su conductor cambiaron una mirada de inteligencia, que no se escapó a la penetración del Padre, y que lo llenó de alarma, sin poder comprender lo que le anunciaba. Shelma, que así lo había sospechado, lo tranquilizó enseñándole con el dedo el raudal en que estaban ya próximos a entrar, y esto sólo bastó para que el Padre se persuadiese de que había un nuevo peligro que arrostrar.

El conductor entonces echó mano de una larga palanca que llevaba atravesada en la *curiara*, y dando un aullido salvaje, abandonó la embarcación, después de haberla dirigido al medio de la corriente impetuosa. Shelma hizo sentar al misionero en el fondo, y ella permaneció de pie y en guardia para cualquier evento.

El paso de la canoa era en extremo peligroso, y la operación consistía en afirmar la palanca, en un momento dado y preciso, en cierto hueco de la roca, y con este apoyo dar de súbito la dirección conveniente a la canoa para evitar que se estrellase.

La maniobra fue perfectamente ejecutada, como que el conductor era muy diestro en ella y práctico conocedor del río; pero el empuje fue tan fuerte, que, saliendo la embarcación como una flecha, hubo de recibirla un chorro que se formaba más abajo, del lado opuesto, y no pudiendo la informe quilla resistir este contrario impulso, se inclinó tanto del costado derecho que el agua entró inmediatamente en ella.

Un triple y simultáneo grito de espanto resonó en la soledad, ahogado por los bramidos del torrente, y la canoa casi se sumergió con los tres viajeros, sin que fuesen parte a salvarla el valor, destreza y serenidad de su conductor....

VI

Era de noche. El agua caía a torrentes en la vasta extensión de las llanuras que recorre el Meta; los violentos rugidores batían los bosques, que resistían tenaces a su empuje; los relámpagos iluminaban el agreste paisaje, que alternaba instantáneamente entre una claridad deslumbradora y una oscuridad profunda, como el infeliz próximo a ahogarse, que saca un momento la cabeza a la luz del día para volver a sumergirse en el abismo; las detonaciones eléctricas rodando por el es-

pacío y repitiéndose en los mil ecos de las montañas lejanas, conmovían la tierra y amedrentaban a las fieras, que, ocultas en sus profundas guaridas, no se creían seguras, y, erizando su piel mojada, ni aun se atrevían a rugir, y guardaban pavoroso silencio. La naturaleza estaba en un acceso de fiebre, o en uno de aquellos momentos de ira en que amenaza destruirlo todo.

Al ruido de un espantoso trueno el misionero, a quien dejamos envuelto en el torbellino de las ondas, abre los ojos y se ve tendido en el suelo sobre una piel, desnudo y apenas medio cubierto con anchas hojas de palma sobre las cuales está tendida la túnica blanca de Shelma. No sabe en dónde se halla, pero se incorpora, y, mirando alrededor, reconoce, a la luz de una pequeña hoguera, a su hija y amiga que, incada cerca de él, le pone una mano sobre la frente y otra sobre el corazón, y que, al verlo abrir los ojos, lanza un grito de alegría.

Un profundo suspiro es la primera señal de vida que sale de su pecho. Poco a poco se va orientando de los objetos que lo rodean; procura reunir sus recuerdos, y se persuade de que la Providencia le ha conservado una vida que creyó terminada en aquel instante en que, sumergido en el agua, perdió el conocimiento. Junta entonces sus manos dando gracias a Dios por haberlo salvado de aquel peligro, y estrecha tiernamente la de Shelma en señal de gratitud.

Cuando la canoa se volcó hubo un momento en que los tres viajeros desaparecieron completamente y estuvieron a punto de perecer; pero la india, gran nadadora, como todos los habitantes de aquellos contornos, y más ágil que una anguila, se desprendió con un esfuerzo supremo de las manos del misionero que la había asido fuertemente, y empujándolo con la cabeza, logró, no sin mucho trabajo, llevarlo a punto donde el río volvía a ensancharse, a lo cual ayudó también la misma impetuosidad de la corriente, que lo lanzó a largo trecho del lugar de mayor peligro. El interés de Shelma por el Padre estimuló su ardor y la hizo cobrar aliento para completar su obra de salvación, saliendo con él a la ribera derecha, después de grandes fatigas, y de sentir casi agotadas sus fuerzas.

El conductor, sea por indolencia natural, sea porque un interés mayor, cual era el de salvar su *curiara*, lo hacía mirar con indiferencia aquella escena en que no había para él gran peligro, se agarró prestamente de la canoa y, logrando subirse en ella, sólo batalló algunos instantes con la corriente, cuya fuerza logró vencer al fin, restableciendo a su compañera en su posición primitiva.

La lucha del misionero, aunque de corta duración, le ocasionó, sin embargo, una asfixia grave. El miedo, el afán y la sorpresa por una parte, su poca destreza en el nadar por otra, y el embarazo que le ocasionaban los vestidos, lo sumergieron más de una vez a gran profundidad, de manera que llegó a la orilla exánime y luchando entre la vida y la muerte. Su cuerpo era un cadáver amoratado, el estómago y pecho inflados y llenos de agua, los miembros rígidos, la respiración imperceptible.... En este estado los dos indígenas lo levantaron, y tomándolo en sus brazos lo condujeron por tierra, y por una indecisa senda abierta en la montaña, hasta el lugar que queda dicho. Bien hubiera querido el conductor, en quien había todavía algunos asomos del carácter discolo y egoísta de la mayoría de su parcialidad, evitarse esta nueva fatiga, enfadado, además, como parecía estarlo, por el reciente fracaso; pero un gesto imperativo de Shelma lo hizo callar y obedecer, y así abandonó con gran sentimiento su *curiara* en la ribera para andar todavía una hora por el bosque y para ayudar a su compañera en la tarea de conducir al inerte misionero. A cada paso era preciso hacer r alto para despejar el camino obstruido por la maleza pero al fin, vencidas las dificultades, llegaron al anochecer a la rancharía, o más bien caverna, en que habitaba, como un animal montés, la madre de Shelma. Allí se le prodigaron los cuidados que podía proporcionar la mísera situación de un salvaje, destituida de los recursos que brinda la vida social. Conociendo el modo de hacer fuego, encendieron una pequeña hoguera con ramas secas para calentar el yerto huésped, y procuraron darle algún alimento.

Luégo que éste pudo hacer uso de sus sentidos comenzó a examinar el lugar en que se hallaba, y divisó por allá en un rincón de la barraca, formada a la entrada de una gran cueva que dejaba la unión de dos

altas rocas, una figura extraña, que, más que forma humana, tenía apariencia de una visión infernal. Era una mujer, tendida en la tierra, casi desnuda, y que, a juzgar por su fisonomía, no pasaría de los cuarenta años. El pelo cerdoso y desgredado, los ojos medio extraviados, el ceño torvo, y un sordo rugido, o más bien aullido, semejante al de una fiera, hacían de este sér desgraciado un verdadero tipo del último término de degradación a que puede llegar la especie humana. Aquel espectáculo, iluminado por la llama intermitente y rojiza de la hoguera, en medio de la borrasca, no era mucho más agradable, por cierto, que los que presidía el famoso Mefistófeles de que nos habla Goethe en su *Fausto*.

Repuesto algún tanto el paciente misionero, y alentado con la seguridad de que no se hallaba muy distante de su habitación ordinaria, donde podía hallar otros recursos, pasó aquella noche bastante bien, y al siguiente día pudo levantarse, aunque sentía un poco débil todavía la cabeza. Reunidas las cuatro personas que allí se hallaban, el Padre oró un buen espacio, y después rezó en alta voz las oraciones de costumbre, si bien su libro había perecido en el naufragio.

No pudo emprenderse la marcha aquel mismo día, como lo deseaba el Padre, porque su debilidad era extrema, y así hubo de permanecer hasta el siguiente, aprovechándose de este tiempo para acercarse a la infeliz mujer que tanto necesitaba del socorro corporal como del espiritual. Ayudado de Shelma y del otro compañero, le hizo varias preguntas y le dijo palabras de consuelo, de paz, de esperanza, y comenzó a instruírla en las nociones más necesarias.

No parecía que ella extrañase tales palabras, lo cual provenía de que Shelma se había anticipado a darle noticia del Padre y de sus doctrinas desde que había hecho conocimiento con él. En el curso de la conversación el Padre Félix llegó a persuadirse de que no eran la estupidez y la degeneración las que hacían de esta mujer un ente casi irracional, sino más bien sus dilatados sufrimientos físicos, y el casi completo aislamiento en que vivía hacía algunos años, pues poco a poco se fue acostumbrando a las insinuaciones del Padre, y comprendiendo sus ideas como aquel que entrando en la oscuridad no ve al principio los objetos,

pero al cabo de algunos momentos comienza su vista a distinguirlos.

El deseo más vehemente de nuestro amigo era saber la historia lamentable de aquella desgracia, de que hasta entonces nada le había dicho Shelma, y así les rogó a una y otra que se la refiriesen.

Aquí tiene usted lo que el Padre Félix sacó en limpio de la relación que la pobre india, auxiliada por sus dos compatriotas, hizo trabajosamente, después de haberla persuadido de que ningún inconveniente había en ello. Y para ayudarlas nosotros por nuestra parte, recordaremos algunas circunstancias históricas, que, aunque bien conocidas por usted y por mí, no carecen de interés para ambos.

Sabido es que tanto los primeros conquistadores de estos países como sus descendientes, miraron siempre a los naturales como a una raza de animales, útil sólo para el trabajo material. Casi no había peninsular, y aun puede decirse blanco, con muy raras excepciones, que no participase de ese carácter cruel, y no abrigase disposiciones inhumanas contra la población abyecta y ya sojuzgada de la América. Los Capitanes, los encomenderos, los propietarios territoriales, todos a una se habían conjurado contra los infelices indios para reputarlos y tratarlos, no ya sólo como esclavos, sino como bestias de carga, en el sentido literal de la palabra.

--En efecto --dije interrumpiendo a mi amigo-- las crónicas antiguas cuentan y no acaban lo que nuestros ascendientes hacían con los verdaderos y legítimos dueños de la tierra. Tengo sobre esto varios apuntamientos curiosos y aun he reunido algunos episodios interesantes sobre la materia, que pronto verán la luz pública.

--De lo que me alegraré mucho, replicó, y espero que usted no habrá echado en olvido, en obsequio de la verdad y para honor de algunos corazones generosos, los esfuerzos que más de una vez se hicieron para reprimir tan culpables excesos y aliviar la suerte de esa parte desgraciada de la humanidad.

--Ya se ve que no! --agregué--, y citaré como una prueba de ello las muy expresivas leyes de Felipe II, en que se recomienda el tratamiento que debe darse a los indios; así como la noble lucha que contra tales des-

manes sostuvo incansablemente el filántropo y venerable sacerdote Domingo de las Casas, de impercedera memoria. Asimismo puede citarse también el célebre acuerdo de la Real Audiencia de Santafé que dio origen a una famosa asonada en el siglo XVI, en la cual tomaron parte, o más bien hicieron cabeza, los principales Capitanes o conquistadores.

—Desearía conocer ese episodio antes de proseguir en mi cansado cuento. La palabra *asonada* ha llamado mi atención y excitado mi curiosidad.

—Con mucho gusto se lo referiré a usted en doblones.

VII

Llamóse la edad dorada el período de diez años en que gobernó el país el doctor Andrés Díaz Venero de Leiva, y la excelencia de su mando debe atribuirse en parte a los agitados tiempos que le antecedieron, al tino con que supo reprimir los abusos casi arraigados de los primeros años de la Conquista, al impulso que dio a las poblaciones y al ardor con que se dedicó a aliviar la condición de los indios respecto de los encomenderos, midiéndoles y señalándoles *resguardos*, y obligándolos a vivir en poblado.

¿Cuál podría ser la causa del bárbaro tratamiento que se les daba? Algunos cronistas al tratar del completo desaparecimiento del imperio muisca, como hecho providencial, se pierden en conjeturas acerca de la procedencia de esta nación, y hablan de cierta tribu perdida, que, por alguna maldición de Dios, y en castigo de algún grave delito, fue condenada a ser bestia de carga, *asinus fortis*. Tan menguada preocupación vino a favorecer el tráfico que los conquistadores hicieron de los indígenas. En defecto de bagajes, brazos para la agricultura y demás faenas, aplicaron a los indios para la conducción de equipajes, mercaderías y aun para cabalgaduras. Acaso la costumbre, que aún subsiste hoy, de transportar a espaldas grandes pesos y a largas distancias, y de conducir del mismo modo a los viajeros al través de algunas montañas, sea un vestigio incontestable del servicio brutal a que los descubridores los habituaron. Ello es que el espectáculo de infelices indios destinados por sus amos a una servidumbre que, a más de ser ominosa, los diez-

maba rápidamente, o hacía que huyesen a las selvas en busca de su perdida libertad, tocó el ánimo del Presidente Leiva, y desde luégo pensó en refrenar esa abominable tiranía. Verdad es que cualquier medida de esta naturaleza que se adoptase iba a herir en lo más vivo el predominio con que se creían investidos los arrogantes Capitanes de la Conquista, quienes, midiendo la magnitud de sus servicios por el resultado espléndido de sus hazañas, estimaban que les venía de derecho la posesión absoluta de todo lo descubierto, hombres y cosas, sin otro miramiento que el señorío reservado al Rey. Sin embargo, era preciso hacer guardar la voluntad de ese mismo Rey, quien ya había dicho que «los indios eran por naturaleza libres como los mismos españoles, y no se habían de vender, legar, donar ni de otra manera enajenar».

Para llevar a cabo su determinación el prudente y previsivo Leiva se pone de acuerdo con la Real Audiencia, y en el mayor secreto conciertan de consuno la prohibición de que los indios sean empleados en las penosas faenas reservadas a las bestias de carga. Esta prohibición exigía una severa pena, y tal que no se pudiera eludir con el dinero, y que no alejase a los pobladores, como sucedería con el destierro o las galeras. Ocurrióse, pues, a la pena de azotes, que, siendo afrentosa y degradante, se reputó como más preventiva y eficaz. Mas no se calculó que ella vendría a recaer sobre los encomenderos, mercaderes y propietarios, ni se contó con el conflicto en que la autoridad vendría a encontrarse, impotente y nula, al tener que habérselas con una soldadesca engreída y desvanecida con sus hazañas.

El acuerdo se tuvo, como queda dicho, entre la Audiencia y el Presidente; pero deseosa aquélla de hacer alarde de un poder superior al de éste, quiso aprovecharse de su ausencia de Santafé, de donde tuvo que salir para acudir de pronto a dar mano fuerte al Corregidor de Tunja, comprometido a la sazón en el descubrimiento y castigo de cierto asesinato de que era autor el hidalgo Pedro Bravo de Rivera, Encomendero de Chita. El Licenciado Melchor Pérez de Arteaga, como Oidor, y el Licenciado García de Valverde, como Fiscal, eran los únicos que componían el Real Acuerdo, o sea la Audiencia, y en calidad de tales representaban

la persona del Rey en estos dominios. Jóvenes ambos, infatuados con la majestad de la garnacha, picados con el desenfado y arrogancia que gastaban los hombres de espada, trataron de asestarles un golpe de autoridad que los arredrase y pusiese a raya. Sin reflexionar sobre las consecuencias que se seguirían de comprometer el Poder civil en lucha desigual con soldados a quienes se debía la conquista del Reino, promulgaron el acuerdo que imponía la pena de doscientos azotes a los que se sirviesen de los indios, haciéndolos soportar cargas u otros servicios que los identificasen con las bestias de labor.

Aquel día habría quedado vilipendiada la potestad civil, hollada la ley, sobrepuesto al orden regular de la sociedad el régimen de la fuerza, si un hombre que llevaba al cinto una espada victoriosa, la figura más notable en el gran cuadro de la Conquista, el decano de los Capitanes, no se hubiese interpuesto en defensa de la ley, como intérprete que había sido de ella: este hombre era Gonzalo Jiménez de Quesada.

Serían las doce de la mañana del día 13 de junio —fecha muy notable en materia de asonadas en la capital— de 1565, cuando el público pregón daba a conocer a los moradores de la ciudad el acuerdo dicho. En el Palacio de la Audiencia, que comunicaba con las casas reales, habían quedado el Oidor y el Fiscal, prevenidos y esperando el primer efecto que causara su aventurada providencia. El pregón vino a perturbar la agradable plática en que se entretenían García Zorro, Juan de Céspedes, Díaz Cardoso y Hernán Venegas, con Prado y otros esforzados Capitanes, cuyo valor, constancia y fidelidad habían ganado esta tierra para la Corona de Castilla.

Con razón se creían heridos directamente en sus intereses y en su honra éstos y otros de los conquistadores: García Zorro, sujeto de calidad y de años, era encomendero de Fusagasugá, con quinientos indios, según la relación del Adelantado Jiménez de Quesada; Juan de Céspedes lo era en jurisdicción de Santafé, o sea de Ubaque, Cáqueza y Ubatoque, con mil y quinientos, poco más o menos; Cardoso, de Suba y Tuna, con novecientos o mil; Venegas —o Vanegas—, de Guatavita, con dos mil; y así de los demás.

No bien Zorro hubo entendido que a ellos principalmente se encaminaba la prohibición de servirse de los indios, y la odiosa pena con que eran conminados, cuando terciando la capa bajo el brazo y requiriendo la espada, exclamó:

—¡Voto a Dios, señores Capitanes, que estamos todos azotados!

—¡Cómo se entiende!— dijo Venegas con voz estentórea, y arqueando las pobladas cejas.

—Sí, señores, oíd el pregón, añadió Céspedes; doscientos azotes nada menos para cada uno de nosotros. ¿Pues ese bellaco, ladrón, ganó por ventura la tierra?

—¡Seguidme, caballeros, gritó Zorro, que lo he de hacer pedazos!

Este lenguaje eminentemente sedicioso prendió como una chispa eléctrica en el ánimo de aquellos hombres indómitos. Echan atrás las capas, tiran de las espadas, y en grueso pelotón dejan la esquina de la calle de Mercaderes y se encaminan hacia la Audiencia, apellidando venganza contra el Licenciado Arteaga, a quien atribuyen la obra del Acuerdo y del encubierto insulto.

No lejos de allí, bajo los portales de la plaza, estaba el Adelantado Quesada en familiar conversación con el valeroso cuanto experimentado Alonso de Olalla, de sobrenombre *el Cojo*, por la lesión que sufrió al caer precipitado del alio de Simijaca, en el rudo encuentro que con los indios de aquella comarca tuviera años atrás.

Las voces de los amotinados, la actitud agresiva en que los divisa, la dirección que llevan, y las gentes que acuden de varios puntos y se agrupan a su alrededor, todo le advierte al Adelantado que se trata de un acometimiento contra la Audiencia. Prontamente se apercibe de la causa, y determinando en un instante, y por inspiración providencial, lo que ha de hacer, dice a Olalla: «Acudid a ellos y decidles que en mi puesto me hallarán como leal y como bueno»; y fue a cerrar el paso a los descaminados Capitanes.

No era el de Arteaga un licenciadillo a quien pusiesen miedo las baladronadas de aquellos agresores: sereno y resuelto esperaba el momento en que los amotinados llegasen a pedirle cuenta de sus procedimientos. Ar-

mado con una artesana que arrebató de las manos de un guardia, confiaba disputarles, si no su autoridad, a lo menos su existencia, resuelto a afrontar el torrente de los enojados invasores hasta rendir la vida. Al verle así Quesada, que, tan ligero como sus años se lo permitían, había subido ya a la sala de Audiencia, le dijo con voz agitada pero fuerte: «¡Bien: señor Licenciado, muy bien! Pero en vuestras manos parece mejor la vara de la justicia; tomadla, señor, y gritad conmigo: ¡favor al Rey!»

Una sola cosa faltaba a esta escena rápida para ser completamente dramática, y esa circunstancia se presentó en aquel momento con todos los caracteres de una verdadera peripecia. Una puerta que comunicaba con la sala se abre estrepitosamente y aparece al lado del joven Oidor una señora de porte noble y digno, y no escasa de hermosura; era la señora doña María Dondegard, esposa del Presidente Leiva, y llamada ella misma *la Presidenta*, según la costumbre española. Venía a reparar con su presencia parte del daño, segura como estaba del ascendiente que su posición y su sexo ejercerían sobre los desavisados autores del tumulto; y tomando en sus manos la insignia de la real majestad, la puso en las de Arteaga, y fue luego a colocarse al lado de Quesada, diciéndole: «Señor, a vos y a mí nos toca hoy salvar la autoridad legítima, y defender al Rey en la persona de su representante. No se dirá que en ausencia de mi esposo no ha habido quien haga sus veces».

Un anciano y una mujer eran los únicos guardianes que en aquel día dejaron bien puesto el decoro de la autoridad civil. Los Capitanes a la vista de aquel hombre que, aunque enteramente civil, los había conducido con tanto valor y energía en la empresa de descubrir y someter estas regiones; que siempre había combatido al frente de ellos, aventajándolos en osadía y denuedo; a la vista de una señora que, si es digna de respeto por ser débil, sus fueros cobran mayor estima cuando es de ánimo levantado y gentil continente, como la de Leiva; los Capitanes, digo, como heridos por un rayo, bajaron a un tiempo sus espadas por el uno, y descubrieron sus cabezas por la otra, inclinándose respetuosamente. ¡Rara y hermosa mezcla del carácter español, que siempre ha unido al valor arrojado

la galantería más cumplida y el acatamiento por las personas constituidas en dignidad!

Pocas pero enérgicas y oportunas palabras les dirigió la Presidenta, con tono benévolo aunque firme, y a su voz y a la de Quesada callaron los del motín. «Venid conmigo, si os place», dijo la señora, y a una señal suya todos la siguieron hasta su habitación, como en homenaje al profundo respeto debido a las damas.

Es de suponerse que allí completaría, en unión de Quesada, la obra a que con tan buen suceso había dado principio, dejando así conjurada la primera asonada formal y de carácter grave que se presentara en estos países contra la potestad civil.

El resultado de ella, y el mejor fruto que podía esperarse, fue la promesa que hicieron los Capitanes de la Conquista de que sería suavizado el tratamiento que recibían los indios, con tal de que el Acuerdo de la Audiencia fuese recogido. Para evitar esta humillación, en que los miembros de ella no podían consentir sin detrimento de su dignidad, se ocurrió de común acuerdo al medio de simular que ese acto no había existido, y que todo había sido efecto de un error o mala inteligencia. ¡Tristes recursos, que no evitan la afrenta ni lavan la mancha, por subidos que sean los merecimientos y los respetos que se interponen, sobre todo cuando está de por medio la majestad de la ley!

—No conocía yo ese episodio, me dijo el anciano luégo que hube terminado mi relación; y cuando me habló usted de *asonada*—fruta que con sus afines, los *bochinches*, *pobladas*, *pronunciamientos* y *motines* parece haber sido de todos tiempos y de todos los climas—creí que iba usted a referirme la muy célebre que tuvo lugar en Santafé por los años de 1631, y que se halla en las *Memorias para la historia de la Santa Iglesia Metropolitana de Santafé*, que escribió en 1824 el Arzobispo don Fernando Caicedo y Flórez.

—No conozco ni las *Memorias* de que usted habla ni el suceso que refieren, contesté; pero tendría mucho gusto en oír de boca de usted esa curiosa relación, si no lo ha por enojo.

—Desde luégo lo haré con placer, procurando reunir recuerdos ya muy debilitados; y puesto que hoy no podremos ver el fin de la historia de nuestro misionero,

por ser ya la hora avanzada, terminaremos con la segunda asonada, para reanudar mañana el hilo de nuestra tantas veces interrumpida historia.

Serían las tres de una tarde del mes de noviembre de 1631. El Presidente don Sancho Girón, Marqués de Sofraga, estaba asomado al balcón de su palacio, que daba frente por frente de la catedral. Habíase notado cierto tumulto y movimiento en las puertas de la iglesia, acompañado de voces destempladas y alboroto. La gente comenzaba a acudir de todos lados; los mercaderes, después de haber dormido la siesta y vuelto a sus ocupaciones—porque entonces se comía a las doce y media o la una—, cerraban sus tiendas, y con la capa a medio embozo, acudían a la plaza; las botilleras y chicheras, los muchachos, y todo género de curiosos se dirigían apresurados a informarse de lo que aquello pudiera ser, para tener de qué conversar durante dos o tres semanas.

Una gran parte de la población se reúne en pocos instantes en la esquina de la catedral, y sabido el motivo del tumulto, y enardecidos los ánimos al ver que algunos sacerdotes que allí están son desacatados por los soldados de la guardia del Presidente, y que éstos se llevan a muchas personas presas, comienzan a gritar: «Muera el Presidente! ¡Abajo el Marqués! ¡No lo queremos! ¡Viva nuestro amado Pastor! ¡No más persecuciones a la Iglesia!.... ¡Vamos a poner fuego a las casas del Presidente!»—«¡A la casa del Presidente!» gritaban otros, «sí! fuego! fuego!».... Y los oleajes del pueblo crecían por momentos, y se dirigían a la casa del Presidente, oyéndose un sordo rumor en la plaza y sus inmediaciones.

¿Y cuál era la causa de tan extraño alboroto en aquellos tiempos de octaviana paz?

¡Qué había de ser: que el Presidente se oponía teazmente a que se hiciese el atrio de la iglesia, porque dizque afeaba la plaza e impedía el paso de su carroza cuando iba de paseo por la calle de Mercaderes, después llamada calle Real, y posteriormente calle del Comercio.

Era don Sancho Girón hombre díscolo y de agrío genio, y ya llovía sobre mojado, pues las disensiones y contiendas entre él y el Arzobispo venían desde muy

atrás. Eralo entonces el americano don Bernardino de Almanza, que, apenas ocupó la sede vacante, su primer cuidado fue procurar con empeño la continuación y conclusión de la obra de la catedral primitiva, suspendida hacía algunos años por la quiebra que en ciento sesenta mil pesos hicieron el rematador y sus fiadores. Muerto en una cacería por los páramos de Usme el Arzobispo Zapata, que tanto impulso había dado a la fábrica, ésta había quedado *in statu quo* hasta la llegada del señor Almanza.

A poco tiempo, como he dicho, de haber entrado en el ejercicio de sus funciones, comenzó a dictar providencias para continuar el trabajo, y visitaba diariamente la fábrica, estimulando con su presencia y dulces palabras a los obreros.

Concluída la única torre que entonces tenía la catedral, emprendió la tan disputada obra del atrio y cementerio de que carecía, y aquí fue cuando el Presidente echó el resto de su saña y furor—dice el señor Caicedo—contra el Arzobispo. Trató de impedir la obra por cuantos medios le sugería su malicia; pero el Prelado continuaba imperturbable en ella, sin hacer caso de las frívolas razones, y aun amenazas, del voluntarioso Presidente, que más de una vez había tenido ocasión de experimentar la entereza de su antagonista, suave y moderado, pero al mismo tiempo firme y enérgico.

La tarde de que hablamos estaba don Sancho asomado a su balcón, y vio que el maestro mayor de albañilería con una multitud de oficiales y peones trabajaban con grande actividad en la obra del atrio. La exaltación y rabia del Presidente fue tal que inmediatamente, y con voces destempladas, mandó que una partida de soldados de su guardia fuesen a impedir de hecho los trabajos, y llevasen presos a la cárcel pública a todos los albañiles. Tan arbitraria orden fue cumplida con más eficacia de la que convenía a la justicia, a la dignidad de su puesto y a la paz pública, pues quiso la casualidad que esto pasase a tiempo que salían de coro los canónigos, capellanes y demás dependientes de la iglesia, quienes, viendo tal tropelía, se indignaron, e inflamados de un celo extraordinario, aunque nada prudente—agrega el autor de las memorias—, se pusieron a trabajar personalmente en la

obra, capitaneados por el Deán don Gaspar Arias Maldonado, que hacía de sobrestante. Un espectáculo como éste conmovió extraordinariamente a todo el pueblo, que, aparte de su piedad y sentimientos respetuosos hacia la autoridad eclesiástica, amaba tiernamente a su bueno y generoso Prelado.

Este, por su parte, tan pronto como tuvo noticia del escándalo del Presidente y de la actitud amenazante que había tomado el pueblo, que amagaba atacar al mismo palacio, corrió desalado, atravesando con dificultad por entre los espesos grupos, exhortó al pueblo con energía y aun con lágrimas en los ojos a que se calmase, y al fin logró persuadirlo a que se retirase de allí. Reprendió severamente a los eclesiásticos afeándoles su celo indiscreto, que tan graves males pudo haber ocasionado, y lleno su corazón de amargura se retiró también a su casa, y de allí marchó a pocos días a la Villa de Leiva, donde murió, cual otro Mosquera, injustamente perseguido por su implacable enemigo.

De este modo cesó una tormenta que pudo haber aparejado males de grande trascendencia.

VII

Al día siguiente, antes de tocar ningún otro punto en la conversación, el anciano reanudó su interrumpida narración, diciendo:

—Ahora, para volver a nuestro asunto principal, que toca ya a su fin, recordemos el interesante grupo de que nos hemos casi olvidado, el cual podría servir de asunto para un cuadrilo de grande interés, no sólo por las personas que en él figuran, sino también por los lugares mismos en que la escena tiene lugar.

Es de notarse que el espíritu de caridad y dulzura que caracterizaba a las misiones de estos países no podía impedir que aun los mismos empleados que servían en ellas como auxiliares de sus trabajos, cometiesen repetidos y bárbaros abusos, de que en vano se quejaban amargamente los apóstoles del Evangelio, y para los cuales no hallaban humano remedio. La codicia y ambición de los administradores y mayordomos de las haciendas de las misiones, el desenfreno y vida semisalvaje a que estaban habituados los encomende-

ros, dueños de tierras y fundadores de pueblos, y, en fin, todo linaje de intereses personales y de bajas pasiones, hacía punto menos que imposible la total reducción de las tribus errantes.

Este proceder duro y atentatorio no hacía sino encender más y más el odio, y arraigar el rencor y antipatía de los indios contra los blancos, y muy especialmente contra los Corregidores de los nuevos pueblos y sus dependientes. ¡Cuántas veces no fue origen de sangrientos conflictos, de violencia y depredaciones, la conducta irregular y vejatoria de éstos! Ya era que los despojaban de sus tierras e incipientes labranzas, ya que los engañaban en sus tratos, ya, finalmente, que les arrebataban a viva fuerza lo que llevaban consigo. Ocasión hubo, y no una sola, en que, averiguando en dónde ranchaban algunas familias o parcialidades, iba de noche y en sigilo una partida de blancos y, cayendo repentinamente sobre ellos, los mataban sin compasión, los despojaban, y se llevaban sus mujeres y sus hijos para servirse de ellos, o para venderlos, a veces hasta por el ínfimo precio de diez pesos.

Refieren las tradiciones de aquellas comarcas que en tiempo de un Corregidor Cayzedo se cometieron mil violencias en Guanapalo y otros pueblos, alejando así de la vida social a muchas familias de aquellos dóciles indígenas; y aun se cuenta que el administrador don Alonso de Vargas, con la tropa que entonces llamaban *de escolta*, que no servía sino para hacer daño, mató en una sola noche más de trescientos indios de ambos sexos.

Estas depredaciones tenían por pretexto, como en muchos otros lugares, el que no se pagaba su sueldo a los Corregidores y demás empleados, y que éste era tan exiguo que no les bastaba para atender a su subsistencia.

Aquí tiene usted, pues, explicado el origen de Shelma y de la desgracia de su madre. Ya habrá adivinado usted que esta mujer fue triste víctima de esas abominables invasiones, en más de una ocasión. Siendo joven todavía, cayó en poder de los rapaces españoles que habitaban en la hacienda de *Cravo* y sus inmediaciones, y arrebatada, en la oscuridad de la noche, después de haber visto asesinados cruelmente a los suyos, fue conducida a la casa del Corregidor, donde éste la mantuvo prisionera du-

rante cinco días. Pudo fugar de allí con otros indígenas y volvió en busca de sus rancherías, pero sólo hallaron los tristes vestigios de ellas, pues habían sido incendiadas y saqueadas.

Shelma, en su idioma, quiere decir infeliz, porque, en efecto, era hija de la desgracia, pero degenerada de su raza y dotada de blandos instintos, de inteligencia y dulce carácter. La luz de la razón, débil y enervada en su madre por naturaleza, no estaba sin embargo, tan ofuscada que no conociese y apreciase este bien, grande aun para un estúpido salvaje.

Nunca se separó la niña del lado de su madre, y cuando llegó el día de nuevas desgracias desplegó ese espíritu y esa fuerza moral cuya pintura da a estas relaciones tradicionales un barniz de exageración que las hace perder mucho, pero que no es del todo inverosímil.

No fue éste, como he dicho, el único asalto en que la madre de Shelma tuvo que experimentar la crueldad de los que se llamaban civilizadores. Estando ya crecida la linda mestiza, fue sorprendida nuevamente la ranchería una noche, a favor de las tinieblas, dispersos o asesinados los indígenas, arrebatadas algunas mujeres, y robados sus pocos utensilios y plantaciones. Al abandonar los blancos el campo de sus gloriosas fazañas, quedaron tendidos en el suelo varios cuerpos, entre ellos los de dos españoles; y cuando la luz del día vino a iluminar este cuadro de desolación, se vio a la madre de Shelma exánime, cubierta de sangre y acribillada de heridas....

En los primeros momentos de terror y sorpresa Shelma había huído perseguida tal vez por los carniceros enemigos de su raza, y, separada de su madre, que también huía, no pudo reunirse con ella en el resto de la noche; pero al alba del siguiente día, cuando ya todo estaba en calma, volvió en busca suya, y a poca distancia del lugar de su ranchería la halló tendida en el suelo, en el estado más lastimoso. La pérdida de la sangre que brotaba de sus heridas la había extenuado hasta el punto de dudar si vivía, pero la buena hija, llorosa y afligida, la levantó como pudo y la condujo, casi arrastrando, hasta la orilla de un riachuelo, en cuyas turbias aguas lavó sus heridas, y donde la dejó a la sombra de unos arbustos, para ir en solicitud de

auxilio. Halló en efecto un corazón compasivo —que también los hay aun entre los salvajes— y fue el mismo que ya hemos visto figurar en los grupos que con brocha gorda he dibujado: el conductor de la curiara que naufragó con el misionero, y que andaba también fugitivo por aquellos contornos.

Sea dicho de paso, si ya no lo he apuntado, que estas violencias traían de vez en cuando justas represalias de parte de los indígenas, que naturalmente ansiaban vengar tántas injusticias; y de aquí la fama de ferocidad que se daba a esta tribu, valiente pero dotada de buenos instintos, y que no era antropófaga, ni adoraba ídolos materiales, circunstancias que por sí solas son ya un grande elogio suyo. Es de creerse que, si a los esfuerzos de los misioneros se hubiese unido un trato blando y cariñoso de parte de los otros blancos que en aquellas comarcas se habían establecido, la completa reducción de miles de hombres errantes en ellas habría sido cosa llana y hacedera, y obra tal vez de pocos años.

—Era esta raza de fieras, que no de cristianos, interrumpí yo, sin poder contenerme. A esa conducta hostil de los conquistadores debe atribuírse el odio que contra ellos abrigaban los aborígenes. Ciertamente, sin salir de la historia de nuestros propios hogares, da lástima ver cómo después del recibimiento generoso, amable, y aun galante, que hicieron los chibchas a la gente de Quesada, el Zipa reinante fue traídoramente asesinado en su casa de recreo por robarlo; y su sucesor murió en la prisión, donde se vio cargado de cadenas.

Y aun en nuestros días, ayer, puede decirse, ¿no han sido atacadas algunas tribus inofensivas del Opón por vengar a tontas y a locas las violencias cometidas por algunos indios aislados de otras parcialidades distintas, contra las personas que se habían establecido en las selvas del Carare? Que esas tribus son fáciles de reducir por medios pacíficos lo probó hasta la evidencia, y con hechos repetidos, el ilustre y nunca bien lamentado compatriota nuestro, el presbítero Céspedes.

Pero pido a usted perdón por haberle interrumpido en lo mejor del cuento, y le ruego prosiga su relación.

—El jugo —continuó el anciano— de ciertas plantas de virtudes secretas que aquellos indígenas conocían,

y de que se proveyeron Shelma y su amigo, aplicado a las heridas de la pobre baldada, restañaron la sangre y la fortalecieron, aunque muy lentamente. Era preciso buscar ante todo un refugio seguro, y, no creyendo prudente volver a la antigua ranchería, conocida del enemigo, y abandonada ya totalmente de los demás indígenas, se resolvió, por indicación de Juan —que así llamaremos a nuestro auxiliar, y que así se llamó después— conducir a la enferma a la caverna que queda descrita, y que él había descubierto en sus correrías; lugar a propósito por hallarse al abrigo de las miradas curiosas, y fuera del alcance de cualquiera persecución, tan escondido y disimulado estaba por la espesísima maleza que ocultaba su entrada.

Gran trabajo y fatiga les costó llevarla hasta aquel antro que en otro tiempo había sido probablemente guarida de fieras, según lo indicaban los huesos y otros despojos de animales, de que estaba lleno, aunque ya cubiertos por una capa de tierra.

Restablecióse al fin por entero, pero con dolor de Shelma se vio que su pobre madre no podía hacer uso de las piernas y que estaba completamente tullida. En efecto, cuando el Padre Félix, saliendo con sus amigos a la claridad del sol, la examinó despacio, reparó las muchas cicatrices de que estaba cubierta, todas de sable u otra arma cortante: una de ellas le bajaba desde el carrillo izquierdo hasta cerca del hombro, lo que contribuía a hacer más horrorosa su fisonomía, desfigurándola enteramente el rostro; dos en la pierna derecha, que probablemente habían sido la causa de su inhabilitación para continuar huyendo; y finalmente.... ¡no puede pensarse en esto sin horror!.... ¡una vez caída por tierra, la habían desjarretado bárbaramente!....

No es posible concebir cómo aquella mujer había podido sobrevivir a tanto daño hecho en su cuerpo, pues aunque ninguna de las heridas era muy profunda, la sola pérdida de sangre durante una noche entera habría sido suficiente para aniquilar al hombre más robusto. Estando ya, pues, instalada allí, Shelma y su hermano, que tal pudiera llamarse con razón, le llevaban los alimentos y la cuidaban con filial esmero.

Aquí es de advertirse que el Padre Félix pudo distinguir perfectamente las cicatrices, porque estos indígenas no acostumbran pintarse el cuerpo con colores extra-

vagantes, sino los jefes y personas principales, como en señal de distinción; y para evitar las picaduras de los mosquitos, de que tanto abundan las inmediaciones de aquellos ríos, se untan ligeramente la piel con un aceite incoloro y transparente, pero de un olor muy agradable, que extraen de cierta palma, y cuya eficacia es tal que les basta renovar la operación cada dos o tres semanas, para preservarse de los insectos, y esto aun cuando se bañen en el agua.

Determinado el viaje al valle de *Terebinto*, por tierra, pues por agua presentaba muchas dificultades, se hicieron los preparativos para la traslación de la tullida. Construyóse una especie de cama o *barbacoa* con palos, bejucos o ramas de árboles, y cubriéndola con hojas de palma, colocaron en ella a la inválida, después de haberla sacado con no poco trabajo, pues para salir de la caverna era preciso trepar, agarrándose de algunas raíces y helechos, y dar un largo rodeo, con peligro de resbalar.

Hé aquí reproducida, aunque más interesante por su naturaleza, la escena de *Pablo y Virginia* que el tierno y sensible Bernardino de Saint-Pierre nos pinta con colores tan apacibles; y digo más interesante, porque las dos figuras principales de aquel grande idilio son dos niños, almas inocentes que se aman sin saber por qué, que extraviados en los bosques de una isla, no comprenden su desgracia, ni conocen el peligro, ni sienten más verse solos en el desierto que pudieran sentirlo dos tortolillas amantes, que en cualquier parte hacen su nido, que dondequiera hallan dulces sus caricias y bello su amor. Pero en la escena patética de que se trata, muy anterior a la otra, y que no tiene de común con ella sino las decoraciones, se lleva como en triunfo a la desgracia personificada, a la futura cristiana, dos veces mártir, porque lo fue en la vida y en la muerte;... a la nueva catecúmena que, saliendo de las tinieblas de los ojos y de las tinieblas del alma, a la luz del sol y a la luz de la fe, era en ese momento una especie de imagen de aquella pobre perseguida que gimió tan largo tiempo en las catacumbas de Roma para salir después triunfante al Capitolio a coronarse reina del Universo!

Será ciertamente un espectáculo conmovedor, y digno del pincel del gran poeta de la naturaleza, ver esa

cama rústica, adornada con flores silvestres, andando como una santa procesión por el silencioso desierto, y haciendo alto a cada paso para descansar, para abrir una senda, para despejar el camino de los estorbos que se presentaban.... Ya la levantaban en hombros Shelma y su futuro hermano, marchando delante de ellos el misionero con un gran bordón en forma de cruz, y deteniéndose de trecho en trecho, como esforzado gastador, para separar las enredaderas que se apostaban en el camino, mientras recitaba a media voz un salmo, o un himno de acción de gracias; ya dejaba éste su papel de guía y conductor para reemplazar a Shelma o a Juan, tomando sobre sus hombros la pesada carga, que a él le parecía ligera, mientras el que quedaba libre marchaba adelante para preparar el camino.

Llegan, en fin, a su destino, jadeando de fatiga, sedientos, cubiertos de sudor, las manos y pies desgarrados por las estacas del camino. Al oír los primeros murmurios del arroyuelo cristalino que circunda su valle querido, todos los de la comitiva se miran con placer. Hace alto por última vez el carro triunfal; sus conductores corren anhelosos a apagar la sed, y vuelven a su puesto, trayendo agua en una cuenca para la pobre tullida, que, con las manos puestas sobre los ojos, parece deslumbrada por la luz del sol.

Algunos de los pocos indígenas que viven allí con el Padre Félix, o que vienen a visitarlo, salen a su encuentro con demostraciones de alegría, y quedan sorprendidos a la vista de aquel espectáculo, cuya causa ignoran. Los mismos loros y guacamayos que el Padre Félix había domesticado parecen saludarlos y darles la bienvenida con su inocente algazara. Prepárase alojamiento conveniente para el nuevo huésped; Shelma se queda allí definitivamente con su madre, con Juan y con algunos otros indios; y las cosas vuelven a seguir su curso ordinario.

Los dejaremos descansar algunos días, durante los cuales el Padre Félix hace los preparativos para la gran fiesta en que han de recibir solemnemente el bautismo todos los individuos de su naciente colonia. Instrúyelos con bondad y con paciencia, exhórtalos fraternalmente a amarse los unos a los otros, como una consecuencia del amor de Dios; incúlcales el amor al trabajo, la resignación, el perdón de las injurias, el respeto

a la propiedad. Enséñales, en una palabra, el decálogo, y les hace comprender los rudimentos de la fe y las verdades cristianas en agradables pláticas familiares que ellos escuchan con marcado interés.

Llega, en fin, el 24 de junio, día de San Juan Bautista, y creyendo a los catecúmenos — en quienes la buena voluntad y el deseo suple lo demás— suficientemente instruidos y preparados, determina derramar sobre ellos en aquel día las aguas sagradas del bautismo y hacerlos entrar de esta manera en el gremio de la Iglesia. El día se anunciaba sereno y brillante; tras una aurora tibia y perfumada el sol comenzaba a levantarse como a saltos de entre la tierra, bañando en fuego las inmensas llanuras, los bosques y las lejanísimas cumbres occidentales de los páramos de Chita; todo era luz y silencio, los vientos callaban, el éter diáfano y de un azul oscuro no revelaba la existencia de ningún otro cuerpo celeste, ni era empañado por el más leve vapor.

Al rayar el alba, el misionero se pone en oración, pide a Dios la gracia y el perdón de todos sus pecados, y bendice su santa voluntad; luégo prepara el rústico altar, y, lleno de una santa alegría, va a llamar a sus hijos, y con ellos toma flores silvestres y adorna la humilde enramada pajiza, con honores de capilla. Al salir el sol todos se arrodillan llenos de recogimiento y de gozo interior, elevan los ojos y las manos al cielo implorando misericordia, y el misionero, después de bendecirlos y de leer las oraciones del ritual, con todas las demás ceremonias que allí eran posibles, comienza a verter el agua sagrada sobre cada uno de aquellos seres afortunados, poniéndoles un nombre cristiano.

Mientras esta escena imponente pasaba en el nuevo *Terebinto*, otra enteramente diferente tenía lugar en *Tocaria*. Concertando los ofendidos indios su terrible venganza, llena la medida de sus sufrimientos, agotada su paciencia, se reúnen más de quinientos hombres de guerra y resuelven atacar simultáneamente todos los puntos donde hay españoles establecidos. Armanse con sus terribles mazas y macanas, con flechas envenenadas, hondas y demás instrumentos de muerte que manejan con destreza, y al grito de guerra caen sigilosamente en alta noche sobre los desapercibidos colonos.

Invaden los términos de la hacienda de *Tocaria* y atacan las habitaciones con empuje furibundo. La sorpresa, la oscuridad, la algazara ponen en confusión a sus habitantes, que al principio intentan huír, pero, hallándose rodeados por todas partes y atacados con furia salvaje, se ven forzados a resistir y defender su vida a todo trance. Resisten, en efecto, y la mortandad es grande entre los invasores, pero esto mismo, lejos de acobardarlos, aumenta su furor, y, haciendo un esfuerzo, el último que ha de decidir finalmente de su suerte, arrollan a sus enemigos. La sangre corre por todas partes, los alaridos ensordecen a los combatientes, los golpes resuenan por dondequiera, y, por último, una inmensa llama que se eleva en los aires, voraz, destructora, viene a iluminar con rojos resplandores aquel campo funesto de muerte y desolación. Las casas y sementeras son consumidas en breve tiempo por el fuego, y no quedan sino vestigios de ellas; todo perece: hombres, mujeres, niños y animales....

La venganza de los naturales queda consumada, pero no está satisfecha. Su cólera se ensaña más y más, como la del tigre que ha probado la sangre, y alguno nombra el punto de la *Sabaneta*....

Dispérsanse al momento en partidas, y una de ellas se dirige a la rancharía del Padre Félix, punto a donde deben completar su obra de exterminio. Caminan precipitadamente a la luz de las estrellas, y antes de que el sol esté sobre el horizonte llegan a la entrada del bosquecillo. Penetran en silencio, y cuando están cerca de la capilla, al grito conocido, todo lo invaden, todo lo destruyen.... el fuego rechina por todas partes y el humo de las resinas aromáticas que allí se están quemando en ese instante se confunde con el humo del incendio....

En el momento en que invadían el recinto sagrado el misionero completaba su obra santa, derramando sobre la cabeza de Shelma, adornada con su túnica blanca y con verdes guirnaldas, las aguas regeneradoras, que le abrían las puertas del cielo. El apóstol no se intimida: a los gritos de los salvajes no responde sino alzando la voz gravemente para implorar la misericordia y el auxilio divinos, y conserva su puesto al pie del altar.

Continúa imperturbable la ceremonia, y al verter el agua pronuncia con tono solemne estas palabras: «Yo

te bautizo, María Juana Shelma, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo!».... Pero antes de concluirlas, la primera flecha disparada viene a hincarse en su costado derecho, y le hace caer de las manos el vaso sagrado.... Tras ésta llueven otras mil, y una nube de dardos y macanas cae sobre el misionero.... Shelma se abraza con él para defenderlo con su cuerpo, y, cayendo herida, estrecha sus rodillas, en medio de la angustia y del dolor. Los recién bautizados, todos indefensos, quieren reunirse a su Padre; pero Juan, el intrépido Juan —que ya se llamaba así— arrebató una enorme maza de manos del primero que se acerca, y blandiéndola en los aires echa por tierra sin sentido a tres de sus enemigos. Sin embargo, abrumado por el número, recibe heridas mortales y expira a pocos momentos.

En medio de esta escena rápida y confusa un cuerpo que se desliza por el suelo viene a aumentar el grupo de los mártires.... Es la tullida, que, haciendo un esfuerzo supremo, se arrastra.... se arrastra como un reptil y viene a morir también al pie del altar y al lado del misionero y de su hija....

El fuego llega rugiendo y devora cuanto encuentra, pero cuando toca a los cuerpos de los cristianos ya no consume sino cadáveres.... Todos habían expirado rodeados del misionero, y al pie del crucifijo que éste había arrebatado del altar en los momentos de la agonía....

En la tarde de aquel día, funesto y dichoso a un mismo tiempo, el viento del Sur deshacía los montones de cenizas en el valle, y arrebatándolas consigo parecía querer descubrir los restos de nuestros amigos, pero sólo hacía brillar tal cual chispa fugitiva, de los trozos de madera encendidos todavía. Agitando después las palmeras y tamarindos que rodeaban la expirante hoguera, les arrancaba con melancólico chirrido las hojas ennegrecidas por el fuego....

VIII

No me había engañado el padre candelario de Bogotá en lo que me dijo acerca de esta relación, pues la oí con sumo interés, y no encontré en ella nada de fabuloso o inverosímil, a lo que se agregaba ese modo de

narrar sencillo y animado de mi nuevo amigo, y su agradable metal de voz. Esta fue la última conversación que tuvimos, y al día siguiente me despedí de él y de aquellos encantadores sitios que no habría querido abandonar en mucho tiempo. En ellos pasé cinco días, que recordaré siempre con placer, como de los más agradables de mi vida.

Visité por última vez el convento y volví a mirar el retrato del desgraciado amante y feliz misionero que tanto me había interesado, y cuya historia me conmovió en más de una ocasión, y me volví por donde había ido, recordando durante el día en mis solitarias jornadas lo que había visto y oído, y tomando nota durante la noche en las posadas para ordenarlo mejor a mi vuelta a Bogotá, y publicarlo, si lo merecía.

Nada notable ocurrió en mi regreso, que duró dos días. En el trayecto de Zipaquirá a Bogotá tuve que pasar por la poética y memorable fuente de Torca. Desde que oí de lejos su grato murmurio, como quien oye una voz conocida y amiga que sale a nuestro encuentro, me sentí como reanimado, pues el cansancio y el sol me agobiaban, y aun me vino cierta inspiración de hacer versos a mi querida fuente. La menor cosa, la circunstancia más insignificante, suelen hacer cambiar repentinamente la disposición del espíritu: un vientecillo ligero que nos trae el perfume de la montaña vecina, el preludio de un instrumento, la vista de una persona, son a veces como una campanilla que nos despierta del letargo en que nos hallamos, y como que nos galvaniza. Algunos han llegado a creer que en muchas ocasiones con sólo cambiar la posición del cuerpo cambia también el estado moral. Yo no he hecho la experiencia sino en la cama: cuando me vuelvo de un lado para el otro me siento más feliz, y doy gracias a Dios por el inmenso beneficio que me ha hecho en darme una cama sabrosa, beneficio de que no disfrutaban tantos infelices que no poseen ni un miserable jergón.

La situación de Torca es especial: el extenso camino plano, o poco accidentado, que se va recorriendo por el pie de la cordillera, es interrumpido por una montaña que lo atraviesa y tiene, en miniatura, todos los caracteres de una montaña grande. En un trayecto de unos trescientos metros hay una colina suave que se sube y se baja; en ella se encuentra bastante piedra

rodada, y uno u otro barrizal que en tiempo de lluvias no deja de ser considerable. Por el centro de esta eminencia corre de Oriente a Occidente el bullicioso arroyo que riega sus dominios; rodéanlo bosquecillos de arbustos y alta maleza, en que se asoman flores silvestres, y aun en lo más espeso de ellos se oyen cantar pajarillos. Esa interrupción de la monotonía del resto del camino produce una sensación muy agradable.

Detúveme allí un cuarto de hora. ¿Quién no se detiene en Torca? Dí de beber a mi caballo, que si no halló toda la poesía que hallaba yo en aquel sombrío solitario, a lo menos bebió con ansia en la parte mansa de las corrientes. Sólo sentí no poder ofrecer a mi fiel y sufrido compañero parte del dulce, queso y bizcochos que traía en el cojinete y que saboreé a la orilla de la fuente, gustando después su agua deliciosa, fresca, pura y cristalina, hasta saciarme con ella. ¿Quizá sea la agitación del camino la que la haga parecer tal? No quiera Dios que el viajero poeta llegue a persuadirse de ello y pierda todas sus ilusiones.

Sentado allí, al pie de unos matorrales, ensayé dar rienda a la inspiración del momento, y, mirando correr el agua, comencé a decir, no en tono de apóstrofe, sino hablando conmigo mismo, y con las pausas y silencios del caso:

Fuente undosa y cristalina
Que por las rocas murmuras,
Buscando a tus aguas puras
Entre la arena vecina
Blando lecho,
¿A dónde vas tan derecho?

¿Cuál será, dí, tu destino
Cuando concluya el camino
De musgo, grama y helecho
Donde ahora
Bulles alegre y sonora?

¿Cuántos hondos precipicios
Recibirán tu corriente,
Convertida ya en espuma
Tan blanca como la pluma
De la paloma inocente?

¡Cuántas simas
 Cercadas de ásperos troncos,
 En ecos fúnebres, roncós
 Convertirán tu murmullo!

Aquí comenzó a extinguírseme el numen, como la cerilla en que se enciende el cigarro, y levantándome recogí el cabestro del caballo y lo até, después de haber bebido otra vez el agua de la poética fuente y lavádomé en ella las manos —y creo que también la cara— la cual ví claramente retratada en su fondo, como le sucedió a aquel Narciso de la fábula.

El caballo se dejó poner el freno con una docilidad de que no había dado muchos ejemplos, sin duda porque estaba deseoso de llegar a su casa a descansar; y a fe que le hallé razón, porque, si yo, que venía encima de él, estaba tan estropeado, ¿cuánto no lo estaría él mismo que iba cargando siete arrobas, inclusa la tara, es decir, la ruana, los zamarros, montura y demás arreos?

Me despedí de Torca y de sus invisibles náyades con una mirada y un suspiro, y seguí mi camino. Nuevas escenas, y nueva decoración del tortuoso y sombrío sendero, hicieron revivir lánguidamente la vena poética y pude anudar mi interrumpida silvita con los versos siguientes, los cuales apuntaba en mi cartera, deteniendo a trechos el caballo, para que no se me olvidasen, y en Bogotá la concluí como sigue:

No besarás ya el capullo
 De las flores,
 Ni sus brillantes colores
 Retratarás en tu seno
 Turbio y lleno
 De inmundas y vil hojarasca.

Tus ondas, antes tranquilas,
 Se estrellarán en las peñas,
 O escondidas en las breñas,
 En vez de rosas y lilas,
 Sólo abrojos,
 Sólo marchitos despojos
 Hallarán por dondequiera.

Al releer todo esto advertí que por la necesidad de la rima había usado de la palabra *murmullo* en vez de *murmurio*, que son dos cosas diferentes: ¿pero con qué

podía rimar allí a *capullo*? Bien merecía perdón esta licencia, que consistía en el cambio de una letra, aunque muchos no aceptarían tal defensa. Seguían mis versos:

La pradera
 Con su color de esmeralda,
 De las colinas la falda,
 El soto espeso y umbrío,
 Que en los calores de estío
 Dulce sombra
 Esparce en la verde alfombra,
 Todo, todo,
 Hasta la arena, hasta el lodo
 Do naciste;
 Hasta la tímida hiedra
 Que corona la ancha piedra
 Y el rugoso tronco viste,
 Para ti se acabará.
 ¿Dónde irá
 Tu corriente bulliciosa,
 Entre arrayanes nacida,
 Y sobre cama musgosa
 Blandamente remecida?

Con la corriente medrosa
 Del Funza, en íntimo abrazo,
 Recorrerás perezosa
 La llanura
 Que ostentando su hermosura
 Mar en bonanza parece;
 Como la cándida joven
 Que viaja con el esposo,
 Débil, enfermo, achacoso,
 Y le sigue por doquiera,
 Y si naufraga, perece.

Mas antes que el sol se oculte
 Sobre la nevada cima
 Del Tolima,
 Su aterradora garganta
 Abrirá el abismo horrendo
 Que te espera:
 Y entre el rugido que espanta
 Y entre el fragoroso estruendo,
 Preciso será que muera
 Tu despedida postrera.

Aquí pensé yó despedirme también, porque el asunto se iba encumbrando un poco y no quería yo escribir la necrología de la difunta. Pero sucede que cuando uno busca los versos, éstos se le escapan, y cuando no los busca se le vienen a la punta de la lengua o de la pluma.

Involuntariamente, pues, continué:

Y viajarás por el mundo
Aumentando otros raudales,
Por montañas y arenales,
Hasta que en el mar profundo
Encuentres tu sepultura.
Desventura
Allí tan sólo te aguarda
Y agitación y tormento:
Combatido por el viento
Que en sus negros antros guarda
Se levanta el mar bravío,
Y hasta el cielo,
Cual otro Titán impío
Llevar pretende su vuelo.

Ya descubre sus entrañas
Insaciables,
O ya sus ondas variables
En espumosas montañas
Atropella,
Formando líquida pella
Sobre su pérfido lomo;
Y brama y muge violento,
Como tigre enfurecido
Que busca la presa hambriento.

Cuando el huracán lo bate
Ya se abate,
O ya enroscado se sube
A provocar la alta nube
Que sobre él furiosa estalla:
¡Cruel batalla!
¡Terrible, espantoso duelo
Entre la tierra y el cielo!

Nueva pausa para descansar yo también de esta batalla, en que tomaba no poca parte, y bajar de las nubes, para terminar en el mismo tono en que había co-

menzado, como suelen hacerlo los músicos en sus composiciones.

¡Torca humilde, quién creyera,
Al ver tu raudal modesto,
Que tan presto
Ese tu destino fuera!
¡Cuántas veces yo sentado
Sobre tus frescas orillas
Contemplé las piedrecillas
Agrupadas en tu fondo,
Que yo juzgaba tan hondo
Cuando, niño todavía,
Inocente repetía
Torca es ésta!

¡Cuántas veces por la siesta
Tu murmullo,
Cual arrullo
Maternal, o cual beleño
A mis ojos blando sueño
Regalaba!
¡Y cuántas en el regazo
De la que amé con delirio
Reclinado contemplaba
Correr tus nítidas ondas
Y en ellas sus trenzas blondas
Retratadas!

Incidí en el mal uso de la palabra *murmullo*; pero éste es un pecadillo venial que puede borrarse con agua de la misma Torca, que naturalmente estará bendecida, o bien con un sincero pequé, pues yo nunca me obstino en defender mis desaciertos.

En seguir me entretenía
Tus giros y tus rodeos,
Imagen de mis deseos
Y de mis ansias calladas.
Tus aguas bebí mil veces
De rodillas
Y refresqué mis mejillas
Y mi frente
Que tostaba el sol ardiente.

Jamás pisé tus arenas
Sin saludarte amoroso;
Jamás tu raudal undoso

Dejó de calmar mis penas
Al mirarte
Y al escuchar tu armonía.

Cuando al norte dirigía
Mis pisadas el destino,
Siempre te hallé en mi camino
Corriendo al pie de la peña,
Tan risueña
Como la inocente niña
Que corre en la selva umbrosa
Tras pintada mariposa.

¡Imagen fiel de mi vida,
Fuente clara y apacible,
¡Oh! si me fuera posible,
Junto a tu corriente pura,
En la maleza escondida
Cavara mi sepultura!

Con ésta hemos de acabar todos, y así di fin a mis infelices versos, y lo doy a esta relación, dejando la pluma, no ya colgada de una espetera, como la de Cide Hamete, sino atravesada en el caballete de bronce de mi tintero.

IX

Algunos años después, cuando José María Vergara y Vergara, que había regresado de Europa y visto los bellos lagos de Suiza, leía esta parte de mis *Apuntes de Ranchería*, me echaba en cara el no haber escrito algunos versos cuando yo navegaba en la laguna de Fúquene, de cuya descripción se había pagado mucho. En efecto, este pequeño lago con sus aguas claras y azules, los flexibles juncales y espadañas de sus riberas, sus cuatro o cinco islotes, no muy distantes uno de otro —alguno cuya superficie no tendrá menos de nueve hectaras cuadradas—, las nutrias que en gran número habitan en ellos, y que zabullen en el agua cuando alguna silenciosa balsa se acerca a sus orillas; ese lago encantador, que abreviaría en una quinta parte el camino que por tierra conduce a Chiquinquirá, si en él hubiese barcas a propósito para navegarlo, es verdaderamente poético y digno de ser cantado por una lira, o descrito por una pluma, dignas de hacerlo.

Para complacer a Vergara que candorosamente creía que yo era capaz de cantar a Fúquene, como lo había hecho con Torca, recogiendo mis recuerdos e impresiones de otro tiempo, emprendí escribir unos malos versos, no para describir el lago sino para pintar el placer que había experimentado al surcar sus ondas y verme suavemente balanceado por ellas, cuando el viento de mediodía soplaba con fuerza y empujaba la frágil balsa en que íbamos varias personas, rodeadas de canastas, botellas y otras cosas necesarias para una expedición de tres días, y cantando al compás de los alegres tiples, cuyas agudas armonías resonaban plácidamente en aquella nunca perturbada soledad.

Las señoras acariciaban la ilusión de que iban haciendo una travesía por mar, a manera de las niñas, que, cuando juegan con las muñecas, se persuaden de que son señoritas, que hablan y que hacen visitas con toda formalidad y ceremonias.

Sin embargo, hubo alguna viajera que con el suave movimiento del oleaje se sintiese algún tanto trastornada, y la cosa se enserió más de lo necesario; por lo cual llegó a convencerse de que la venta era castillo, y se arrepentía amargamente de haberse embarcado, cosa que siempre había temido; y añadía con candor que, sabiendo ya lo que era viajar por mar, hacía resolución de no ir jamás a país extranjero, aunque mucho le provocaba. Yo me atreví a observarle, sonriéndome, que si esto le sucedía en alta laguna, ¿qué le sucedería en alta mar? a lo que me replicó que a ella no le importaba lo alto ni lo bajo, sino que la embarcación no se moviese. Decían así los versos:

LA BALSA

Surque el audaz navegante
Las ondas del mar bravío
Y haga flotar su palacio
Encima del hondo abismo,
Ostentando sus banderas
En los mástiles altivos,
Y mézase entre las olas
Al compás de sus bramidos;
Que yo en mi balsa de juncos
A nadie en el mundo envidio!

Hienda veloz el espacio,
Como el pájaro marino
Que las alas moja apenas
En su vuelo fugitivo,
Y sobre la espuma reina,
Lejos de playas y riscos,
Burlándose de los vientos
Con desapacibles gritos;
Que yo en mi balsa de juncos
Al navegante no envidio!

Yo también aquí, en mi lago,
Siempre callado y tranquilo,
Gozoso contemplo el cielo,
Y en horizonte indeciso
Miro ocultarse del sol
El resplandeciente disco
Que dora el agua y los campos
Al lanzar su rayo oblicuo.
Ah! que en mi balsa de juncos
A nadie en el mundo envidio.

Y viajo por islas varias
Que hay del lago en el recinto,
Donde se ven rubias mieses
Y ganados y cortijos,
Verdes sotos pintorescos
Y arroyuelos cristalinos,
Y todo aquello que cuentan
De la isla de Calipso;
Así, cantando en mi balsa,
Al navegante no envidio.

En vez de arenques y atunes
Tengo tiernos pecesillos
Que, al reclamo de mi anzuelo,
Vienen y quedan prendidos;
Y tengo brisas, y aun vientos,
Siempre apacibles y amigos,
Que retrescan mis mejillas
O impelen mi balsa tímidos,
Por eso en ella contento
Al navegante no envidio.

Y tengo también espumas
Que saltan, y cual cintillo
De hermosas perlas, rodean
Mi embarcación sin rüido,

Sin alzarse hasta las nubes
Ni mojarme los vestidos.
Ni las tempestades temo
Ni en los escollos peligro:
Por eso en mi humilde balsa
Al navegante no envidio.

En busca va aquel del oro
Y del ostentoso brillo,
De los placeres, del lujo,
Del tráfago y el bullicio;
Y yo en la playa vecina
Voy a encontrar hoy.... hoy mismo,
Los ojos en que he encallado,
La boca en que me he perdido.
Al navegante ambicioso
En mi balsa, pues, qué envidio!

Ese es mi coral, mis perlas,
Y mi anhelo y mi delirio;
Y cuando ella en lontananza,
De una roca sobre el pico,
Me contempla, como el ángel
Que vela por mi destino,
Nuestros labios se saludan
Con un beso y un suspiro.
Ayl en mi balsa de juncos
Al navegante no envidio!

Si estrecho su linda mano,
Si su blanco cuello miro,
¿Qué me importan las grandezas
Que afanoso busca el rico?
Ah! cuando mi barca atraque
En los juncales marchitos,
Mi amor estará en la playa,
Y aun su pie en el agua hundido.
Ayl al saltar de mi balsa
¿A quién en el mundo envidio?